

REVISTA
DE LA
CEPAL



NACIONES UNIDAS

PRIMER SEMESTRE DE 1976

Revista de la CEPAL

Director

Dr. RAUL PREBISCH

Secretario

ADOLFO GURRIERI



NACIONES UNIDAS

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / PRIMER SEMESTRE DE 1976

SUMARIO

Crítica al capitalismo periférico	7
<i>Dr. Raúl Prebisch</i>	
Situación y perspectivas de la economía latinoamericana en 1975	75
<i>Enrique V. Iglesias</i>	
Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina	97
<i>Aníbal Pinto</i>	
Enfoques del desarrollo: ¿De quién y hacia qué?	129
<i>Marshall Wolfe</i>	
Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa	173
<i>Jorge Graciarena</i>	
Notas sobre integración	195
<i>Cristóbal Lara</i>	
Algunas publicaciones de la CEPAL	209

Crítica al capitalismo periférico¹

*Dr. Raúl Prebisch**

Este artículo tiene por objeto presentar los rasgos, relaciones y problemas fundamentales que caracterizan al capitalismo periférico. El mayor esfuerzo analítico está orientado a poner en claro los mecanismos subyacentes de la distribución de los frutos del progreso técnico entre los diferentes estratos sociales. Así, se describe detalladamente el proceso de formación del excedente, y su captación primaria por los estratos superiores —en virtud del poder que les otorga su posesión de los medios productivos— y por los estratos intermedios a los que favorece el proceso de democratización.

Varias consecuencias de este proceso se analizan cuidadosamente. Por un lado, se examina su influencia en el ritmo de acumulación, en las formas técnicas que se utilizan y en la orientación del consumo, la inversión y la educación; estos factores a su vez influyen de manera decisiva en la suficiencia dinámica de la economía, que, en última instancia, se expresa en la capacidad para absorber productivamente a la fuerza de trabajo y en la orientación progresiva de la distribución del ingreso. Por otro, se estudian algunas consecuencias de la exacerbación de la pugna distributiva, como el aumento desmesurado de la inflación y la transformación regresiva de los regímenes políticos. Finalmente, el autor examina las relaciones centro-periferia y afirma su decisiva influencia en los procesos nacionales.

*Director de la Revista.

Visión de conjunto

1. Las frustraciones del desarrollo

Dos grandes esperanzas de hace algunos decenios se han visto frustradas en el curso ulterior del capitalismo periférico. Creíase que, librado éste a su propia dinámica, la penetración de la técnica de los centros industriales iría difundiendo sus frutos en todos los estratos de la sociedad, y que ello contribuiría al avance y consolidación del proceso democrático.

Los hechos no permiten seguir alentando esas ilusiones. El desarrollo tiende a excluir a una parte importante de la población. Se circunscribe primordialmente al ámbito de los estratos superiores de ingreso, en donde se imitan de más en más los hábitos de consumo de aquellos centros. La sociedad de consumo se ha instalado así en la periferia y los estratos de ingresos intermedios, seducidos por sus atractivos, se esfuerzan por participar en ella y lo están logrando. Todo esto en vivo y notorio contraste con la sociedad de infraconsumo en que se debaten los estratos inferiores de la estructura social.

¹Estas páginas son una síntesis de un trabajo de más largo aliento sobre el capitalismo periférico. Varias razones me han llevado a presentarlas aquí. Primero, como expresión de reconocimiento a Enrique Iglesias por su gesto de invitarme a dirigir esta Revista, responsabilidad que acepto con un entusiasmo y una convicción que no han cedido en dilatados años. En seguida, por un imperativo intelectual: tengo mucho escrito sobre el tema y la síntesis me ha obligado a una crítica severa y depuradora. Y finalmente, espero que estas páginas provoquen una saludable controversia, que será sin duda de gran utilidad en la prosecución de la tarea emprendida.

La sociedad de consumo tiene un ingente costo social y político: el costo social de la inequidad y el costo político de disipar aquellas esperanzas. En verdad, el progresivo desenvolvimiento de la sociedad de consumo parecería volverse incompatible a la larga con el avance democrático, pues tiende a crear entre el proceso económico y el proceso político una disparidad cada vez mayor que se trata de corregir mediante el freno regresivo de este último, antes que por la transformación del primero.

La sociedad de consumo no podría ir adquiriendo las proporciones que tiene en el capitalismo periférico sin una gran desigualdad en la distribución del fruto de la técnica que penetra en la periferia desde los centros. Suele atribuirse a la iniciativa extranjera y, en particular, a las empresas transnacionales; la implantación de la sociedad de consumo. En verdad, ellas contribuyen a exaltarla; siembran allí con claros designios y cosechan

abundantemente. Sin embargo, la sociedad de consumo no hubiera podido desenvolverse sin la aptitud de los estratos de ingresos superiores para captar primariamente el fruto de la mayor productividad.

Afirmaciones de esta naturaleza no sabrían emitirse con responsabilidad intelectual si no se sustentaran en una correcta demostración. Procuraré hacerlo en el curso de este trabajo. Mientras tanto, me he de permitir cierto anticipo de las conclusiones a que he llegado tras reflexionar largamente acerca del capitalismo periférico en el ámbito latinoamericano. Estas reflexiones dimanar de un sostenido esfuerzo de observación de los acontecimientos en mis dilatadas andanzas en nuestras tierras latinoamericanas, a fin de interpretar su significado y contribuir así a elaborar una teoría de la transformación del orden de cosas existentes.

2. *Las relaciones de poder centro-periferia y sus contradicciones*

Si al referirme a la periferia me ciño al ámbito latinoamericano es porque me muevo allí con menos dificultades. Y en cuanto a los centros, me he de ocupar de ellos en la medida necesaria para emprender la crítica del capitalismo en esta parte del continente. Pues éste se inserta en un proceso global que abarca tanto a los centros industriales como a la vasta periferia de la economía mundial.

Este concepto de globalidad espacial no corresponde, por cierto, al que había surgido erróneamente algún tiempo atrás, y no se ha extinguido del todo, a pesar de la experiencia vivida. Sabemos

ahora que los centros no tienen el poder de expansión que, en el juego espontáneo de la economía, traería consigo el desarrollo de la periferia. No ha sido así. El desarrollo, como fenómeno integral que con la industrialización se extiende mucho más allá de la producción primaria, sólo ha sido posible cuando la periferia, en sucesivas crisis de los centros, ha podido sobreponerse al juego del mercado internacional, que refleja las relaciones de poder entre aquéllos y la periferia. Y si bien estas relaciones se han vuelto más complejas, siguen desenvolviéndose bajo el signo histórico de la hegemonía de

los centros, especialmente del centro dinámico principal.

Pero esas relaciones de poder son muy precarias e inestables por las contradicciones subyacentes. En primer lugar, hay contradicción entre la participación de los centros en la industrialización periférica y su renuencia a adaptar su estructura productiva a las exigencias ineludibles de tal proceso. En éste y en otros aspectos de las relaciones de

los centros con la periferia prevalece una perspectiva estrecha, en donde los intereses inmediatos de aquéllos suelen empañar una visión de más largo alcance. Y en seguida, hay contradicción entre ciertas manifestaciones inveteradas de aquella hegemonía, y el sentido de identidad nacional y de autonomía de decisiones que se van desplegando en el curso del desarrollo periférico.

3. *El capitalismo imitativo y sus contradicciones*

En su empeño por desarrollarse, la periferia tiende a seguir lo que se hace y se piensa en los centros. Así, pues, en contraste con el capitalismo innovador de éstos, el capitalismo periférico es esencialmente imitativo. Adoptamos la misma técnica, imitamos las modalidades de consumo y existencia. Copiamos las instituciones. Se abren paso incesantemente las manifestaciones culturales de los centros, sus ideas y sus ideologías.

El acceso a lo que en los centros ha costado un esfuerzo secular tiene ciertamente un valor inconmensurable. Pero, al mismo tiempo, la imitación encierra grandes contradicciones con las condiciones objetivas de la periferia, y de allí surgen fallas fundamentales.

Para bien y para mal, el desarrollo periférico carece de autenticidad. No se ha sabido, no se ha intentado seriamente superar las contradicciones. La penetración de la técnica de los centros requiere un capital cada vez mayor, del que no se dispone, y tiende a absorber cada vez con menos intensidad una fuerza de tra-

bajo que, de suyo, es relativamente abundante. Más aún, esta fuerza de trabajo crece extraordinariamente: otra de las consecuencias del avance científico y tecnológico.

Sin embargo, esa técnica, en virtud del aumento continuo de productividad que trae consigo, ofrece un potencial creciente de acumulación de capital. Pero no se utiliza como se debiera. Lo impide la imitación del consumo de los centros y la extracción por éstos, gracias a su poder, de cuantiosos ingresos periféricos. Malógrase, por lo tanto, una porción importante de ese potencial.

Y si bien esa imitación del consumo se apoya en gran parte en la desigualdad distributiva, los medios técnicos de comunicación y difusión social contribuyen de más en más a agravar sus consecuencias adversas al desarrollo. Como que las técnicas de difusión social son agentes poderosos de propagación de la demanda de bienes que la técnica productiva diversifica incesantemente.

4. *La penetración de la técnica y los cambios estructurales*

La penetración de la técnica productiva de los centros desempeña un papel dominante en el desarrollo periférico. El aumento de productividad que le acompaña trae consigo mutaciones en la estructura de la sociedad. En estas mutaciones los estratos de ingresos más altos fortalecen su poder gracias a la concentración en sus manos de gran parte de los medios productivos, lo que les permite captar primariamente el fruto del avance técnico. Los estratos de ingresos intermedios acrecientan el suyo conforme van ampliándose con el desenvolvimiento de la industria y otras actividades a ella vinculadas, pero quedan en gran parte excluidos los estratos inferiores.

A su vez, estos cambios estructurales influyen en las relaciones de poder y en la distribución del ingreso que emana de tales relaciones.

El así llamado juego espontáneo de la economía responde en realidad a esas relaciones de poder, a los intereses e impulsos que las mueven. Relaciones en que se manifiesta la complejidad del desarrollo periférico, en el cual el fenómeno económico de penetración de la técnica de los centros va acompañado de fenómenos sociales, políticos y culturales, vinculados todos ellos por estrechas relaciones de interdependencia.

5. *La captación primaria del excedente²*

¿En qué consiste aquella aptitud de los estratos superiores de captar primariamente el incremento de la productividad? Este es un punto sin cuya dilucidación es imposible comprender el capitalismo periférico.

Bien se sabe que el incremento de la productividad y la reducción consiguiente de los costos no se traslada al conjunto de la economía mediante el descenso de los precios. En verdad, este descenso no ocurre, porque la demanda tiende a exceder persistentemente la disponibilidad de bienes finales, debido a la índole misma del proceso productivo.

Explicémoslo con una simplicidad que sacrifica en algo el rigor demostrativo para lograr una más fácil comprensión.

Se trata de un concepto esencialmen-

te dinámico, que sólo se concibe en un fenómeno de acrecentamiento de la producción en el cual el factor tiempo es de crucial importancia.

Transcurre en el proceso productivo un tiempo más o menos largo entre la incorporación del capital fijo y el afloramiento de bienes finales, después de cumplidas las sucesivas etapas de tal proceso. Durante este tiempo ocurren dos movimientos que se contraponen. Por un lado, el aumento de la productividad: el avance técnico trae consigo una disminución de la fuerza de trabajo necesaria para obtener una determinada cuantía de bienes, el descenso correspondiente de

²Este tema se trata más a fondo en el capítulo III del presente artículo.

costos tiende de esta manera a hacer bajar los precios.

Por otro lado, en la dinámica del desarrollo se necesita aumentar la ocupación de fuerza de trabajo con un ritmo más intenso que el ritmo de aumento de la productividad. Aumento de productividad y aumento de ocupación y producción son características esenciales del desarrollo.

Sucede pues que la ocupación de fuerza de trabajo requerida para obtener un incremento de bienes finales después de un cierto tiempo, excede a la ocupación que ha sido necesaria para producir los bienes finales que se están ofreciendo en el mercado.

Expresado en otros términos, los ingresos pagados a la fuerza de trabajo que se acrecienta a fin de obtener más bienes futuros, sobrepasa a los ingresos contenidos, por decirlo así, en los bienes finales presentes.

Ahora bien, para pagar esos ingresos, se acude en plena ortodoxia a la expansión monetaria. Y esta expansión se

transforma en demanda, la cual excede a la oferta de aquellos bienes finales.

Este exceso de demanda permite, a quienes tienen los medios productivos, captar primariamente el incremento de productividad. Hablaremos así indistintamente de captación de los frutos del incremento de productividad, o de captación del fruto del avance técnico o de captación del excedente. Acudo a esta última expresión a riesgo de confusión con algún otro concepto de excedente.

Tal es la explicación muy simple de un complejo fenómeno al que he dedicado gran atención en este trabajo, por el significado profundo que tiene para el desarrollo capitalista. Es un fenómeno esencialmente dinámico. Escapa, pues, a las explicaciones estáticas del equilibrio, así como a las complicaciones de una teoría pretérita del valor, que, aunque superada tiempo atrás, sigue teniendo peculiar relevancia política. Espero que mi tesis suscite saludables controversias, y sospecho que así sucederá.

6. *El ritmo insuficiente de acumulación de capital*

El excedente encierra un potencial cada vez mayor de acumulación de capital, que dista mucho de aprovecharse plenamente.

En realidad, el esfuerzo de acumulación tiene que ser más intenso en la periferia que en los centros. En éstos la evolución de la técnica se manifiesta con una densidad cada vez mayor de capital por persona ocupada, en estrecha interdependencia con el crecimiento del ingreso y su capacidad de acumulación. Tal correspondencia no se presenta por cierto cuando la misma técnica penetra en la pe-

riferia, por ser en ella relativamente bajos los ingresos y la capacidad de acumulación. Así, en la periferia se precisa una mayor proporción del ingreso global para absorber igual fuerza de trabajo. Y como además esta última crece allí con ritmo más pronunciado, obliga a hacer un esfuerzo acumulativo más intenso aún.

Pero eso no es todo. Cuanto más rápido aumenta el ritmo de productividad, más tiene que elevarse el ritmo de acumulación y mayor deberá ser la propor-

ción del ingreso global que ha de dedicarse a ello.

No se está cumpliendo esta exigencia esencial en el capitalismo periférico. Parecería ser incompatible con el amplio desenvolvimiento de la sociedad de consumo, cuya existencia, como antes se dijo, no podría darse sin el considerable poder económico y político de los estratos superiores, que les asegura la captación primaria de los frutos del avance técnico.

Más aún, en su afán de hacer frente a ciertas manifestaciones de esa insuficiencia, el Estado, bajo el influjo también de las relaciones de poder, contribuye a agravar aquélla, pues sustrae recursos del potencial de acumulación para absorber fuerza de trabajo en forma espuria y no genuina, principalmente de los estratos intermedios.

Finalmente, el juego de las relaciones de poder en el plano internacional permite a los centros participar desmesuradamente en la gestación y captación de una parte del excedente periférico con consecuencias que, a la larga, contribuyen a agravar la insuficiencia dinámica del desarrollo.

Por desgracia, los economistas neoclásicos no tienen razón. Si existiera en el juego de la economía un mecanismo espontáneo de acumulación, se habría resuelto en gran parte, aunque no del to-

do —lejos de ello— el problema del desarrollo periférico. Pero no hay tal. No hay mecanismo que tienda a que el ritmo de acumulación responda a las exigencias que impone el ritmo de incremento de la productividad y el ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo, ni se manifiesta notoriamente en la periferia un empeño persistente y deliberado por resolver este problema ajustándose a un criterio de racionalidad colectiva.

Acabamos de mencionar tres fenómenos típicos de la periferia que contribuyen a explicar el ritmo insuficiente de acumulación de capital. En todos ellos aparecen las relaciones de poder. En el consumo desmesurado de los estratos superiores, que no podría explicarse sin la desigualdad distributiva que emerge de aquéllas. En la absorción espuria de fuerza de trabajo, en que gravita sobre todo el poder de los estratos intermedios. Y en los ingresos desproporcionados que extraen los centros por el juego de las relaciones de poder en el plano internacional.

No faltan quienes siguen viendo en la desigualdad distributiva un factor positivo de acumulación. Olvidan la sociedad de consumo. En el extremo opuesto, no son pocos los que suponen que el problema de insuficiencia es primordialmente distributivo. Olvidan la exigencia ineludible de acumulación.

7. La insuficiencia dinámica y la absorción de fuerza de trabajo

En el ritmo insuficiente de acumulación de capital está la clave principal de la insuficiencia dinámica del capitalismo periférico, esto es, de su incapacidad de absorber con productividad cada vez ma-

yor el continuo incremento de la fuerza de trabajo, de acrecentar persistentemente los ingresos de ésta y de aminorar las graves disparidades de ingreso vinculadas a la estructura de la sociedad.

Hay que esforzarse por interpretar estos fenómenos con cierta perspectiva histórica. Como antes se dijo, el desarrollo integral, que va más allá de la producción primaria, llega tarde a la periferia. Recuperar el tiempo perdido es una tarea de ingentes proporciones. Pues por más que se utilice a fondo el potencial de acumulación de capital y se adopten racionalmente las técnicas productivas más adecuadas, la economía tardará un tiempo más o menos largo en llegar a la suficiencia dinámica. Pero este tiempo será tanto más dilatado cuanto menos se utilice el potencial de acumulación y más se adopten técnicas irracionales.

Desde luego, absorción y mejoramiento de las relaciones de ingreso de los de más abajo con respecto a los de más arriba constituyen dos aspectos íntimamente ligados del mismo problema conforme penetra la técnica de los centros. Esta penetración se efectúa mediante una continua superposición de nuevas capas técnicas de mayor productividad a capas de menor productividad.

A medida que ocurre ese proceso, la fuerza de trabajo ocupada en las capas de más abajo tiende a desplazarse hacia arriba, con mayor productividad y mejores ingresos.

Cuanto más fuerte sea el ritmo de acumulación de capital, tanto más intenso resultará este movimiento ascendente. Si el ritmo es elevado, de cada estrato se desplaza hacia arriba una proporción de fuerza de trabajo suficiente para promover el mejoramiento de la que queda en sus anteriores ocupaciones. Por el contrario, un ritmo bajo de acumulación no sólo debilita el ascenso, sino que deja fuerza de trabajo redundante,

que no es absorbida genuinamente por el sistema. En la periferia, la insuficiente acumulación de capital y lo dilatado del proceso hacen que en ella aún existan capas técnicas muy rudimentarias o precapitalistas.

La redundancia de fuerza de trabajo no sólo se manifiesta en los estratos inferiores. Se observa en todos los estratos, si bien con consecuencias diferentes.

En efecto, el poder político de los estratos intermedios les permite insertarse en los servicios del Estado más allá —a veces mucho más allá— de lo necesario. Se trata de una absorción espuria, y no genuina, que acontece por obra del poder gremial³.

Como se dijo antes, los recursos que en esta forma se sustraen a la acumulación de capital acentúan la insuficiencia dinámica en desmedro de los estratos inferiores. Carecen estos últimos de poder bastante para participar en la absorción espuria, y permanecen así en ocupaciones de muy baja productividad y exiguas remuneraciones —desempeñando servicios personales de escasa o ninguna calificación— o simplemente quedan desocupados.

Esto último se observa también en los estratos de más arriba, pues la capacidad de absorción espuria ciertamente no es ilimitada.

Si bien se reflexiona, la absorción espuria es parte integrante del sistema y de su juego de relaciones de poder, como antes se dijo. Y es, en verdad, incongruen-

³Entendemos por poder gremial el que tienen grupos más o menos extensos de la fuerza de trabajo para, mediante la asociación, elevar sus remuneraciones por sobre las que determinarían espontáneamente las fuerzas del mercado.

te censurar este papel del Estado, absteniéndose al mismo tiempo de menospreciar el prestigio de la sociedad de consumo, en donde se malogra gran parte del potencial de acumulación.

A fin de comprender bien la indole de estos fenómenos hay que tener en cuenta el carácter ambivalente del desarrollo. La redundancia de fuerza de trabajo y sus consecuencias tan adversas para los estratos inferiores son compati-

bles con un elevado ritmo de desarrollo de los estratos superiores y de aquella parte de los estratos intermedios que participa activamente de los frutos del avance técnico.

Refléjase en esto el fuerte aumento de la productividad, aumento que impulsa a la sociedad de consumo más de lo que acrecienta el ritmo de acumulación de capital y la capacidad de absorción del sistema.

8. *La pugna distributiva*

Según se tiene dicho, el incremento de la productividad es captado primariamente por los estratos superiores, donde se concentra la mayor parte de los medios de producción. Digo primariamente porque va desenvolviéndose al mismo tiempo un complejo fenómeno redistributivo promovido por el aumento de la demanda de fuerza de trabajo que la acumulación de capital trae consigo. La redistribución que bajo el influjo de esa demanda se efectúa es muy parcial, y tanto más lenta cuanto mayores sean las dimensiones del problema de absorción. Atañe especialmente este fenómeno a la fuerza de trabajo que dispone de la amplia gama de calificaciones que va exigiendo la superposición de nuevas capas técnicas: desde las aptitudes de organización y dirección, que requieren dilatada formación y experiencia, hasta las calificaciones de corto aprendizaje.

Además de ser parcial, el alcance de esta redistribución está limitado por el poder social que —según fuere la distribución del ingreso— permite a unos aprovechar las oportunidades de formación que ofrece principalmente el Estado, mientras deja a la gran masa privada

de ellas. Estoy discurrendo, desde luego, acerca de grupos sociales y no de individuos.

Pues bien, cuanto más se sube en la escala de calificaciones, tanto más influye el poder social. En el otro extremo de la escala se encuentra la fuerza de trabajo simple, privada de calificaciones. Apenas llega a ella la redistribución espontánea. Pues sobre las remuneraciones de la fuerza de trabajo que se absorbe gravita pesadamente el bajo nivel de la que queda sin absorber por la insuficiente acumulación de capital.

De ahí la importancia del poder político y gremial, que trata de corregir las deficiencias de aquella redistribución espontánea. Se manifiesta generalmente en los estratos intermedios, que van ensanchándose genuina o espuriamente a medida que avanza la industrialización y la concentración urbana.

Su poder político cada vez mayor permite a tales estratos lograr, a través del Estado, variadas formas de consumo social, en tanto que el poder gremial les permite mejorar su participación en el ingreso global aumentando su consumo privado. Pero el poder dentro de esos mis-

mos estratos no es parejo y extensos grupos quedan más o menos rezagados, así como los estratos inferiores de poder débil o inexistente. El consumo social de los aventajados se consigue así, en parte, a expensas del consumo privado de los rezagados. Por donde sobrevienen reacciones redistributivas que no tardan en generar la consabida espiral inflacionaria.

Los estratos superiores participan activamente en esa espiral, mediante la elevación de los precios y gracias a la expansión monetaria, después de haber cedido una porción del excedente que se renueva continuamente. En verdad, su poder no se debilita sino que adquiere un nuevo giro.

A medida que avanza el proceso de democratización y se refuerza el poder político y gremial, se enardece la pugna distributiva y la inflación se convierte en fenómeno inherente al desarrollo, con tanta más intensidad cuanto que ese poder va extendiéndose a los grupos rezagados y a los estratos inferiores.

En esa pugna distributiva no hay tendencia alguna hacia el equilibrio, no

hay principio regulador alguno. Por el contrario, el proceso va adquiriendo su propia dinámica.

Más todavía. Contrariamente a la inflación de tiempos pretéritos, la inflación redistributiva escapa a la regulación de la autoridad monetaria. Hemos asistido así, en América Latina, a un verdadero destronamiento de ella.

Las tentativas de restauración resultan contraproducentes cuando la autoridad monetaria decide aplicar medidas restrictivas del crédito que si en aquellos tiempos pretéritos dieron resultados, se convierten ahora en contraproducentes. En efecto, tales medidas traen consigo contracción económica y desempleo, con el consiguiente agravamiento de la pugna distributiva. Por donde se vuelve, tarde o temprano, a una nueva expansión inflacionaria.

Es preciso reconocer entonces que se trata de fenómenos relativamente nuevos, que requieren otro género de medidas, aunque no menos disciplina que la exigida por el ejercicio de la autoridad monetaria.

9. *Inflación y poder político*

En tales condiciones, el avance del proceso de democratización parecería llevar fatalmente a una crisis distributiva. Se comprende pues cierta inclinación a hacerlo responsable de ella. No se reflexiona en que el poder político y el poder gremial, dentro del sistema tal cual existe, constituyen la única forma de contrarrestar el poder económico y político de los estratos superiores para compartir el fruto de la mayor productividad.

Y, he aquí otra de las manifestaciones del desarrollo imitativo de la periferia. El trasplante incondicional de ciertas instituciones crea también muy serias contradicciones. La tenencia de gran parte de los medios productivos y los mecanismos institucionales, que permite a los estratos superiores captar primariamente el excedente, es a la larga incompatible con instituciones que, en aquel avance democrático, acrecientan el po-

der redistributivo de los estratos intermedios. Mucho más cuando el avance va abarcando a los estratos de más abajo.

Esa incompatibilidad ha podido atenuarse, si no desaparecer, cuando el desenvolvimiento del proceso de democratización se ha contenido en una u otra forma. Mucho más si éste llega a sofocarse, sobre todo cuando la crisis distributiva lleva al desquicio de la economía y se vuelve socialmente intolerable.

En la contención del proceso, la democracia representativa funciona en gran parte de modo formal, y los dirigentes políticos y gremiales se incorporan de algún modo al sistema, articulándose con los estratos superiores y compartiendo con ellos las ventajas del desarrollo. Se contribuye de esta manera a morigerar la presión política y gremial, lo cual permite, si no evitar la inflación, por lo menos lograr que se desenvuelva moderadamente en forma que asegure la regularidad del desarrollo. El empleo de la fuerza es, en tal caso, accidental o esporádico y no constituye un dato permanente del sistema, salvo de modo potencial.

Pero cuando el proceso de democratización se desenvuelve en forma irrestricta, los estratos superiores apelan en

última instancia al empleo de la fuerza para superar la crisis distributiva.

Eliminada o disminuida a mínimas proporciones la presión política y gremial, se hace posible reducir primero las remuneraciones reales y atenuar después su ascenso, mientras la expansión monetaria y las devaluaciones vuelvan a elevar los precios y restablecer en su plenitud el excedente.

Por donde se ve que la restauración de la autoridad monetaria se torna hacedera con un costo político y social considerable. Político, es evidente. Y social, porque el restablecimiento del excedente no sólo vuelve a dar impulso a la acumulación, sino también al consumo desproporcionado de los estratos superiores.

Un sistema en desarrollo, cualquiera que sea, necesita ineludiblemente cierta disciplina distributiva que, además de ser equitativa, promueva el empleo eficaz del potencial de acumulación. Lo cual no ha de confundirse, en forma alguna, con esa otra disciplina distributiva de carácter compulsivo que, lograda con el sacrificio del proceso de democratización, imprime gran vigor a la sociedad de consumo en aberrante coexistencia con la sociedad de infraconsumo.

10. *Los razonamientos neoclásicos y la realidad periférica*

No es de extrañar que las contradicciones del capitalismo periférico y de sus relaciones con los centros se omitan en el razonamiento de los economistas neoclásicos y también en el de quienes siguen dogmáticamente sus enseñanzas y pretenden interpretar, a la luz de ellas, el desarrollo periférico. Unos y otros desfiguran la realidad. Confieso que en mis

tiempos juveniles me dejé seducir por el rigor lógico y la elegancia matemática de sus teorías del equilibrio económico. Me ha costado gran esfuerzo intelectual arrojarlas por la borda para comprender mejor los fenómenos reales.

Sostienen aquellas teorías que, en un régimen de libre competencia, el ingreso se distribuye según la productividad

marginal de los distintos factores que intervienen en el proceso. Hay aquí implícito cierto concepto ético que contribuye al prestigio de aquellas teorías, a pesar del papel decisivo que atribuyen al interés económico en desmedro de otros móviles humanos. Trataré de demostrar en otro lugar que no es así, que la distribución es en última instancia la resultante arbitraria del juego de las relaciones de poder.

El mecanismo del mercado es absolutamente impotente para resolver problemas de esta naturaleza, por más que se haya dado ahora en llamarle economía social de mercado. No puede elevar espontáneamente el ritmo de acumulación para resolver las contradicciones del capitalismo imitativo. Ni modificar relaciones de poder que originan tremendas disparidades distributivas. No impide, sino que más bien promueve, la adopción de ciertas formas técnicas que conspiran contra la racionalidad colectiva, pues sacrifican el empleo sin contribuir más que otras al incremento del producto.

Esto nos lleva a mirar con ojos diferentes las así llamadas fuerzas del mercado. Se sostiene que estas fuerzas, en un régimen de competencia irrestricta, tienden hacia un equilibrio en que la asignación de recursos es la mejor posible. ¿Desde qué punto de vista la mejor posible?

Aquí interviene inevitablemente un juicio valorativo que conviene hacer explícito. No me caben dudas de que la asignación es la mejor posible desde el punto de vista de la sociedad de consumo. Dada la distribución del ingreso sobre la cual esta última se asienta, la iniciativa individual tiende a responder

cabalmente a las exigencias de la demanda. Pero como el ingreso se distribuye en forma arbitraria, la asignación de recursos para satisfacer esa demanda es también arbitraria. Las fuerzas del mercado no pueden corregir por sí mismas la distribución del ingreso. Son otros los medios para hacerlo y, de lograrse esa corrección, las fuerzas del mercado llevarían a resultados muy diferentes de los que ahora se obtienen.

Tampoco tiene aptitud el mercado para enfrentar la ambivalencia de la técnica. Es incalculable lo que la técnica productiva ha contribuido al bienestar humano. Pero al mismo tiempo son cada vez más notorios e inquietantes los males que trae aparejados. No me refiero solamente a las aberraciones de la sociedad de consumo, sino también a la contaminación, al deterioro del medio ambiente y al abuso irresponsable de recursos naturales agotables. No se pida al mecanismo del mercado que afronte esas manifestaciones negativas de la ambivalencia de la técnica.

La técnica productiva responde en realidad a las exigencias de la demanda. Tiende a ir hacia arriba y no hacia abajo. No le interesa mejorar la productividad de las capas inferiores hasta que un más alto ritmo de acumulación de capital haga posible la eliminación de esas capas por otras de superior productividad. Así, las nuevas técnicas no llegan espontáneamente a la agricultura de los pobres. Si allí mejoran los rendimientos de la tierra, se debe fundamentalmente a la acción casi siempre precaria del Estado.

Por lo demás, el libre juego de las fuerzas de la economía en el plano internacional no asegura la mejor asignación

de los recursos productivos desde el punto de vista de la periferia, aunque favorezca a los centros. Ello es en gran parte consecuencia del retardo histórico con que penetra la técnica productiva en las actividades de la periferia, sin excluir, desde luego, el juego de las relaciones de poder en aquel plano.

Como antes se dijo, las relaciones con los centros se desenvuelven bajo el signo de la hegemonía de éstos, especialmente del centro principal. Así, pues, los intereses de los centros se articulan con los de los estratos superiores de la periferia y participan con ellos en las relaciones internas de poder, amparados en la

gravitación considerable que ejercen, además, en los propios centros. Tales intereses están, pues, sujetos a la pugna distributiva; y también a la presión política que traduce de más en más el sentimiento de autonomía que, en verdad, es inherente al avance del proceso democrático. Sólo que esa presión política y la pugna distributiva de la periferia suelen provocar en los centros reacciones negativas que pueden también conducir, como en el ámbito interno, al empleo de la fuerza. Por donde ha de concluirse que el avance del proceso de democratización también exige transformaciones de fondo en el plano internacional.

11. *Papel positivo del mercado*

Creo, sin embargo, que el mercado es insustituible, tanto por razones económicas como por consideraciones políticas que me reservo examinar en otra oportunidad. Es la expresión de la iniciativa individual, que tanta importancia tendría en un régimen ideal de competencia para producir eficazmente y satisfacer las aspiraciones de los consumidores. Sobre todo si se orienta la técnica de difusión hacia la información correcta acerca de los bienes que se ofrecen, antes que a la manipulación abusiva de lo que ha dado en llamarse la soberanía de aquéllos.

Agréguese a ello que no hay otro mecanismo eficiente para responder con sentido selectivo a las exigencias del avance técnico en toda la escala de calificaciones, desde la compleja organización y dirección del proceso productivo hasta el manejo de las máquinas.

Pero estoy muy lejos de considerar el mercado como supremo regulador del desarrollo. Tampoco el Estado ha demostrado con frecuencia en el capitalismo periférico una aptitud relevante para obrar deliberadamente sobre las fuerzas del desarrollo. Impulsado también en su acción por el juego de las relaciones de poder, ha eludido aquellas transformaciones de fondo sin las cuales no podrá superarse la insuficiencia dinámica del desarrollo. Y a falta de ello, ha llegado a interferir en el mercado, a sofocar sus movimientos, a atacar los síntomas exteriores de males profundos.

Sin atacar los males mismos, la planificación es siempre de alcance sobremanera limitado. En el mejor de los casos, permite poner orden en lo que existe. Pero no le es dado transformar por sí misma el orden de cosas existente.

Capítulo II

La penetración de la técnica y la insuficiencia dinámica de la economía

1. *Las relaciones de mutua dependencia en el desarrollo*

En una primera aproximación a la realidad podríamos considerar el desarrollo periférico como un fenómeno de penetración de la técnica de los centros, acompañado de transformaciones en la estructura de la sociedad. Esta estructura en transformación influye a su vez en las formas de la técnica y la intensidad y extensión con que ellas se adoptan.

La transformación estructural es variada y compleja. Tienen gran importancia para nuestro análisis las mutaciones que van aconteciendo en los estratos de ingresos a medida que la penetración de la técnica trae consigo el aumento de productividad.

Los estratos van cambiando según el ritmo con que aumenta esta última y el modo en que se distribuyen sus efectos. Pero al suceder así, se modifica también el poder social, político y gremial de los diferentes estratos y, por consiguiente, las relaciones entre ellos.

Ahora bien, las relaciones de poder que emergen de la estructura de la sociedad determinan, en última instancia, la distribución del ingreso. Y la forma de esta distribución condiciona la penetración de la técnica y el aumento consiguiente de productividad.

Esta influencia de la distribución (y por tanto, de la estructura de la sociedad), en la penetración de la técnica se manifiesta principalmente en la acumulación de capital que ésta requiere, en las formas técnicas que se adoptan y en las modalidades de consumo. Y todo ello vuelve a actuar sobre aquella estructura.

Tales son las vinculaciones de mutua dependencia que caracterizan los elementos de carácter técnico, económico, social, político y cultural que intervienen en el desarrollo como fenómeno global.

Global, también, en cuanto no cabe interpretar el desarrollo periférico aislando del capitalismo de los centros. No sólo por lo mucho que de estos últimos toma el capitalismo imitativo, sino también por una articulación peculiar de intereses en que el desarrollo de la periferia se cumple bajo el signo de la hegemonía secular de aquéllos.

En este capítulo nos limitaremos a explicar las transformaciones estructurales que se despliegan conforme va penetrando la técnica en una serie sucesiva de capas de creciente productividad y eficacia, así como la absorción de fuerza de trabajo que la acumulación de capital trae consigo de diferentes maneras.

2. *La delimitación de estratos*

Antes de entrar en la médula de este capítulo, son pertinentes algunas aclaracio-

nes previas. Venimos discutiendo acerca de estratos superiores, intermedios e

inferiores sin establecer una línea precisa de separación. Pero basta esta primera aproximación para los fines de nuestro análisis.

Los estratos superiores concentran en sus manos la mayor parte de los medios productivos, cuya diversidad y forma de utilización caracterizan los diferentes grupos que en tales estratos se integran. La tenencia de los medios productivos les permite captar primariamente el fruto de la penetración de la técnica.

Además de los grupos que poseen los medios productivos, hay también en los estratos superiores grupos que obtienen en distintas formas ingresos relativamente elevados. Ante todo la fuerza de trabajo que sirve directamente a los primeros en sus empresas y que tiene calificaciones en materia de dirección, organización o técnica. Y, en seguida quienes por diferentes formas de vinculación, que abarcan servicios bancarios, financieros y profesionales, o por su gravitación en el mecanismo del Estado, favorecen de una manera u otra los intereses de los estratos superiores y se incorporan así a ellos. También se incorporan a ellos individuos dinámicos surgidos de las organizaciones políticas y gremiales que, al insertarse en tales estratos, contribuyen a moderar la presión de los de más abajo, propiciando de esta manera el desenvolvimiento progresivo de la sociedad de consumo.

En los estratos intermedios hay grupos que poseen también una parte de los medios productivos, pero muy inferior a la de aquellos otros. Sus ingresos derivan más bien de sus calificaciones. Para simplificar no he querido entrar en complicaciones de esta índole al hacer esta síntesis de mis ideas.

La característica esencial de los estratos intermedios es su empeño en compartir con los estratos superiores el fruto de la creciente productividad. Los resultados dependen de una combinación de poderes.

Ante todo, la penetración de la técnica exige de la fuerza de trabajo calificaciones cada vez más altas. En su logro influye principalmente el poder social, que permite aprovechar en mayor o menor grado las oportunidades de formación, en función de la distribución del ingreso y la influencia dominante de la estructura social en la educación general y la capacitación técnica. Trátase de una escala de calificaciones en que los de más arriba se encuentran mejor situados para compartir directamente el fruto de la productividad, en tanto que los de más abajo necesitan ejercer el poder político y gremial para hacer lo mismo. Ese poder político y gremial se va desplegando con el avance del proceso de democratización.

El resultado de esta combinación de poderes depende sobre todo, y en última instancia, del ritmo de acumulación de capital, y de las inversiones cada vez más cuantiosas que requiere la formación de fuerza de trabajo calificada.

Finalmente quedan los estratos inferiores de ingreso. El ritmo inadecuado de acumulación de capital y de formación humana no les permite participar en el fruto del progreso técnico, salvo en escasa medida. Y su gravitación política y gremial es en general demasiado débil para contrarrestar los efectos de aquello.

El capitalismo periférico está demostrando una falta impresionante de apti-

tud para resolver este grave problema de los estratos inferiores. Para decirlo mejor, está demostrando su insuficiencia dinámica, que no se manifiesta solamen-

te en tales estratos, sino también en los de más arriba, y en la pugna distributiva que se desenvuelve sin principio regulador alguno.

3. *La dicotomía de la técnica productiva*

Acabamos de referirnos a la penetración de la técnica en capas sucesivas de creciente productividad y eficacia. Conviene explicar estos dos últimos conceptos por ser muy significantes en nuestra expresión.

El concepto de productividad concierne al esfuerzo humano cada vez menor que se requiere para producir una misma cuantía de bienes y servicios gracias al aumento del capital en bienes físicos, así como del que se invierte en la formación de fuerza de trabajo calificada.

El aumento de eficacia exige de igual manera acrecentar la cantidad de capital por persona, pero no ya para disminuir la fuerza de trabajo necesaria, sino para crear nuevos bienes o nuevas formas de ellos que sean más eficaces. Más eficaces por ser de superior calidad o por prestar mejor servicio que los bienes precedentes, o por responder a exigencias de ostentación o jerarquía social. Hablaremos, pues, de aumento de eficacia o de bienes superiores, prescindiendo de juicios valorativos. No porque esto carezca de importancia en el desarrollo. La tiene en la crítica de la sociedad de consumo y de los valores sobre los cuales se asienta. Pero es otro el aspecto que nos interesa, y ahora pasamos a considerarlo por lo mucho que atañe a nuestro análisis.

El aumento de la productividad y el aumento de la eficacia de los bienes producidos son dos de las formas en que se

manifiesta la evolución de la técnica, y ambas están estrechamente unidas. Se ha desenvuelto cada vez más la producción de bienes más eficaces gracias al aumento de capital por persona ocupada, que a su vez se ha debido primordialmente al aumento de productividad, es decir, a la primera forma de evolución de la técnica que se ha señalado. En efecto, el aumento de ingresos proveniente de la mayor productividad es lo que permite acumular una cuantía cada vez mayor de capital que se dedica, por un lado, a seguir mejorando la productividad y, por otro, a la diversificación incesante de bienes y servicios.

Esta dicotomía conceptual no debiera llevarnos a pensar que se trata de técnicas separadas. Están unidas en su evolución. Un bien que exige mayor capital para mejorar su eficacia, también suele requerir mayor capital para aumentar la productividad por persona ocupada.

Como ha de comprenderse, esa dicotomía no es simplemente formal. Es de gran importancia en el desarrollo periférico.

El aumento de productividad significa acrecentar el potencial de acumulación de capital. Una clave muy significativa del desarrollo está precisamente en que ese potencial se dedique en el mayor grado posible a la acumulación de capital, para absorber fuerza de trabajo y elevar sus ingresos.

Pero la imitación de las formas de consumo de los centros, además de otros factores, impide hacerlo en la medida en que sería posible. Esta imitación no sólo distrae en consumos recursos que podrían acumularse, sino que también desvía capital hacia la producción de bienes y servicios superiores, pese a que la disponibilidad de capital es insuficiente desde el punto de vista social. El empleo de capital en esta última forma podrá tener racionalidad cuando el desarrollo ha alcanzado suficiencia dinámica, pero no cuando se está lejos de ella. Sin embargo, la sociedad de consumo tiene su propia racionalidad, que no es ciertamente aquella consonante con los intereses de la sociedad en su conjunto.

Conviene hacer una observación más acerca de la evolución técnica. La dicotomía que hemos comentado concierne a todos los bienes y servicios. No sólo aparece en los bienes finales sino también en los bienes primarios e intermedios que les preceden en el proceso productivo. Pero en este último caso, la sustitución de bienes primarios por sintéticos y la diversificación de bienes intermedios res-

ponden finalmente a la dicotomía de los bienes y servicios finales.

La dicotomía concierne asimismo a los tres grandes sectores en que conviene dividir la economía para los fines de nuestro análisis. A saber, el sector productivo propiamente dicho, el sector de servicios personales, y el sector del Estado. Pero la técnica de productividad y la técnica de eficacia —si se me permite simplificar— se distribuyen muy desigualmente entre tales sectores.

En el sector productivo propiamente dicho, la acumulación de capital se destina a la vez a esas dos manifestaciones de la evolución técnica.

En cambio, en los servicios personales y en los del Estado la evolución del capitalismo tiende a acentuar la técnica orientada a elevar la eficacia de los bienes. Tal es la significación de aquella etapa postindustrial de que se discurre en los centros. Sólo que en la periferia, a pesar de lo distante de esa etapa, la expansión del sector de los servicios personales y sobre todo del sector del Estado se explica en parte por la insuficiencia dinámica de la economía antes que por el vigor del desarrollo.

4. *Concepto de insuficiencia dinámica*

La penetración de la técnica, según ya se dijo, se va realizando por la superposición de nuevas capas de mayor productividad y eficacia a capas técnicas precedentes. En esta forma las nuevas capas tienden a desplazar a estas últimas y a absorber a la gente que en ellas estaba ocupada, además del incremento de fuerza de trabajo. La intensidad de este doble fenómeno de absorción depende sobre

todo del ritmo de acumulación de capital y de formación de fuerza de trabajo calificada.

La existencia en la periferia de capas técnicas precapitalistas o semicapitalistas de muy exigua productividad y de muy bajos ingresos, demuestra que la acumulación y la formación humana no han sido suficientes para eliminarlas ni para absorber con mayor productividad

su fuerza de trabajo. Y demuestra, asimismo, que el proceso no se cumple con plena racionalidad, pues mientras perduran aquellas capas de exigua productividad y eficacia muy primaria, tienden a debilitarse o a desaparecer prematuramente capas de más arriba con productividad mayor.

Para que esta superposición de capas técnicas responda a un concepto de suficiencia dinámica, veamos cuáles son las exigencias que ello implica a fin de cotejarlas con lo que está ocurriendo en el desarrollo periférico.

Dos son las exigencias principales. Primero, que todo el incremento de la fuerza de trabajo, más la que se desplaza de capas técnicas de menor productividad y eficacia, se absorba genuinamente en capas técnicas de productividad y eficacia mayores; y, segundo, que los diferentes estratos acrecienten sus ingresos con tanta mayor intensidad cuanto más baja fuera su posición en la escala de ingresos. Dicho en otros términos, que mejore la relación de ingresos de abajo para arriba y se vayan corrigiendo progresivamente las grandes disparidades que caracterizan la insuficiencia dinámica.

Este mejoramiento de la relación de ingresos emana entonces del avance de la capacitación humana así como de la intensidad con que se desplaza hacia arriba la fuerza de trabajo de los diferentes estratos de ingreso, gracias a la acumulación de capital.

Este último aspecto merece una explicación. En toda delimitación de estratos, como antes se ha anotado, se incurre en cierta arbitrariedad que es tolerable para los fines de nuestro análisis. Si hay suficiencia dinámica, una parte de la fuerza de trabajo pasa de estratos

más bajos a estratos superiores y otra parte queda donde estaba, pero con mayores ingresos por el efecto que tiene ese mismo desplazamiento en la demanda de fuerza de trabajo. Cuanto mayor sea la proporción de los que se desplazan genuinamente, tanto más intensa es la tendencia a que mejore la situación de los que quedan. Y se eleva así el nivel de todos los estratos, aunque en diferente medida, como antes se dijo.

Se conciben distintos grados de suficiencia dinámica —es decir, de movilidad ascendente— de conformidad con el ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo, el ritmo de acumulación de capital y la racionalidad de las formas técnicas que se adopten. Sobre esto ha de volverse más adelante⁴.

Veamos ahora en qué consiste la insuficiencia dinámica. Esta se presenta cuando aumenta la productividad o la eficacia por la incorporación de nuevas capas técnicas en toda o en gran parte de la economía, sin que el ritmo de acumulación de capital sea bastante para provocar el desplazamiento hacia arriba, tanto de la fuerza de trabajo ya ocupada como del incremento de ella en la medida necesaria para mejorar las relaciones de ingreso. Por el contrario, hay un claro fenómeno de deterioro que se manifiesta en las relaciones de los estratos inferiores con los de más arriba. Si la insuficiencia es muy seria, como suele suceder, queda fuerza de trabajo redundante o desocupada total o parcialmente.

Nótese bien el sentido de lo que acaba de decirse. Insuficiencia dinámica no significa que no haya avance técnico.

⁴Véanse las secciones siguientes de este mismo capítulo.

Por el contrario, puede ser muy intenso en las nuevas capas técnicas. Pero como se verá más adelante, cuanto más aumenta la productividad, tanto más tiene que subir el ritmo de acumulación de capital. Si ello no ocurre, disminuye la intensidad del proceso de absorción, mientras los ingresos de los estratos favorecidos pueden alcanzar elevadas tasas de crecimiento.

Los efectos de la insuficiencia no se distribuyen por igual en la fuerza de trabajo. Aquí es necesario hacer una distinción muy importante. El avance técnico trae consigo exigencias crecientes de calificación y por ello mismo la demanda de fuerza de trabajo tiende a crecer en general con tanta más intensidad cuanto más se asciende en la escala de calificaciones exigida por la técnica. En el otro extremo de la escala se encuentra la fuerza de trabajo no calificada, cuya demanda tiende a crecer con ritmo relativamente bajo.

En consecuencia, los efectos de la insuficiencia dinámica recaen principalmente sobre esa fuerza de trabajo no calificada.

Pero la insuficiencia también se manifiesta en estos estratos de más arriba. Sin embargo, la fuerza de trabajo redundante en estos estratos suele aprovechar su poder social o político para lograr su absorción. Pero no se trata de una absorción genuina, que responda a necesidades efectivas, sino de una absorción espuria, ante todo en los servicios del Estado. Formas similares de absorción se observan en el proceso productivo mediante el ejercicio del poder gremial, pero, en general, con menor intensidad.

Explicase de esta manera el desenvolvimiento desproporcionado que en algu-

nos países exhiben los servicios del Estado, tanto en la administración propiamente dicha como en la empresa pública. La empresa pública, en algunos casos, es una alternativa a la empresa transnacional, y en otros podría justificarse por el carácter monopólico del servicio. Pero no puede negarse que en el trasfondo de ciertas razones ideológicas que llevan a extender las funciones del Estado, se halla el afán de encontrar fuentes de ocupación, que, por su insuficiencia dinámica, la economía no ha conseguido proporcionar.

La absorción espuria de fuerza de trabajo no deja de ser contraproducente, pues significa apartar recursos que podrían dedicarse a la acumulación, con lo cual tiende a acentuarse aquella insuficiencia.

Téngase cuidado, sin embargo, de no extraer de ello conclusiones parciales. Si bien se mira, también tiene estos efectos la sociedad de consumo, con sus consecuencias adversas al ritmo de acumulación. Se trata, en el fondo, de un problema similar.

A este fenómeno de absorción espuria de fuerza de trabajo redundante hay que agregar otro que no carece de importancia. Se manifiesta en servicios personales cuya demanda se mantiene o crece precisamente por ser exigua su remuneración. En esta forma, los estratos superiores, además de retener una parte de los frutos del progreso técnico, se benefician del deterioro de la relación de ingresos en desmedro de los estratos inferiores. Y así también se benefician de esto último los estratos intermedios.

Trátase de un fenómeno característico de absorción regresiva de fuerza de trabajo, en contraste con la absorción

progresiva que se opera en virtud de la demanda creciente de fuerza de trabajo impulsada por la penetración de la técnica y el ejercicio del poder político o gremial.

Ahora vamos a considerar los factores principales de la insuficiencia dinámica, a saber, el ritmo insuficiente de acumulación de capital, que se ha mencionado varias veces al pasar; la adopción

de formas técnicas inadecuadas, la influencia de las formas de consumo e inversión y las contradicciones en la capacitación de fuerza de trabajo.

Todos estos factores están relacionados con la estructura de la sociedad y el juego espontáneo de la economía que, antes que corregir la insuficiencia, tienden más bien a acentuarla.

5. *El ritmo de acumulación de capital*

La intensidad de la absorción de fuerza de trabajo y su movilidad ascendente dependen fundamentalmente del ritmo de acumulación de capital, del ritmo de aumento de la productividad por persona y del ritmo de incremento en la fuerza de trabajo.

Tras prolongada evolución, la técnica de los centros, bien lo sabemos, exige una elevada densidad de capital por persona en mutua relación con el crecimiento del ingreso. El trasplante de esa técnica, dado el ingreso mucho más bajo de la periferia, obliga a ésta a dedicar una proporción mucho mayor de su ingreso global para absorber un mismo ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo. Pero este ritmo es superior al de los centros; y a ello se agrega que la productividad tendría también que crecer a un ritmo superior para reducir progresivamente la gran desigualdad con aquéllos. Compréndese, pues, las dimensiones del esfuerzo de acumulación que tendría que cumplir la periferia para lograr la suficiencia dinámica de su desarrollo.

No es sólo eso, sino que cuanto más se eleva el ritmo de aumento de la productividad, tanto más tiene que elevarse el rit-

mo de acumulación para absorber la fuerza de trabajo disponible. Dicho de otra manera, más tiene que aumentar el coeficiente de inversiones con respecto al producto o ingreso global⁵

Distaba mucho de ocurrir esto en el capitalismo periférico. Conspira contra ello la imitación del consumo de los centros, gracias sobre todo a la captación primaria de la mayor parte de los frutos del avance técnico por los estratos superiores.

Así, pues, si bien el aumento de productividad trae consigo un gran potencial de

⁵Para ilustrar la mecánica del proceso, conviene presentar un sencillo ejemplo. Supóngase que la fuerza de trabajo crece con un ritmo de 2,5%, que el ritmo de incremento de la productividad es de 9% y que se necesitan 3 unidades de capital para conseguir una unidad de producto. En tal caso, la absorción de todo el incremento de fuerza de trabajo requiere un coeficiente de inversiones de capital de 22,5%. Si el coeficiente fuera menor, digamos 19,5% del producto, sólo se absorbería un incremento de 1,5% de la fuerza de trabajo.

Supongamos ahora que el ritmo de productividad se elevara de 5% a 6%. Ello exigiría aumentar el ritmo de acumulación hasta alcanzar un coeficiente de 25,5% a fin de absorber el incremento de 2,5% en la fuerza de trabajo.

acumulación, el progresivo desenvolvimiento de la sociedad de consumo, además de otros factores, malogra una parte más o menos grande de este potencial.

Contribuye notablemente a ello la continua diversificación de bienes que la técnica productiva trae consigo —según ya se dijo— y que se manifiesta sobre todo en las innovaciones que acrecientan la eficacia de aquéllos. Mientras la producción primaria, sobre todo en la agricultura, tiene un margen muy estrecho de diversificación, la producción industrial tiende a multiplicar indefinidamente la diversidad de los bienes, hecho éste que es de gran importancia en el desarrollo interno y en el intercambio con los centros.

La técnica productiva responde así al incremento de productividad e ingreso generando nuevas formas de demanda que tienden a difundirse con celeridad, merced al avance de las técnicas de comunicación y difusión sociales.

Extiéndese este movimiento a los estratos intermedios, cada vez más afanados en participar en la sociedad de consumo, para lo cual se imitan también las formas de crédito características de los centros. El consumo se anticipa al ahorro, en detrimento de la acumulación. No cabría, sin embargo, juzgar este hecho aisladamente, sino en el contexto de la crítica a la sociedad de consumo.

Al fin de cuentas, trátase de una de las formas que permiten mantener la concentración del capital y la captación correspondiente del fruto del progreso técnico en los estratos superiores, y de excluir a los estratos intermedios, con su natural beneplácito, de toda responsabilidad respecto a la acumulación de capital en el proceso productivo.

No hay nada en el juego espontáneo de la economía que tienda a adecuar el ritmo de acumulación de capital a las exigencias dinámicas de la economía. En realidad, la forma en que se emplea el mecanismo del mercado, en que ese juego se manifiesta, responde en última instancia a la estructura de la sociedad, pues de ella dimanar las relaciones de poder que determinan la desigual distribución del ingreso. Sin ella no se daría la imitación desmesurada de las modalidades de consumo de los centros, en claro detrimento de la acumulación de capital.

Desde otro punto de vista, la acumulación insuficiente lleva a aquella absorción espuria de fuerza de trabajo que arriba comentamos, en la cual se manifiesta asimismo el juego de relaciones de poder, conforme se acrecienta la gravitación política de los estratos intermedios. Llégase en esta forma a un verdadero círculo vicioso, en el cual la absorción substraer recursos a la acumulación, y la acumulación insuficiente contribuye a la absorción espuria.

Finalmente, hay otro factor que contribuye a debilitar la acumulación y que concierne a las relaciones de poder en el plano internacional. La superioridad de poder de los centros hace posible que éstos extraigan de la periferia una proporción exagerada del fruto del avance técnico, al que sus empresas contribuyeron, sin duda alguna, con gran eficiencia, sobre todo para la sociedad de consumo. Más adelante volveremos sobre este aspecto⁶. Aquí sólo mencionaremos especialmente los efectos negativos que tienen sobre la acumulación las técnicas

⁶Véase un examen más detenido de este importante aspecto en el capítulo VI.

tendientes a elevar la eficacia de los bienes y servicios.

Ya se dijo que este aumento de eficacia se obtiene gracias al incremento de la densidad de capital por persona, y que esto sólo es posible en virtud del aumento de productividad. Consecuencia muy explicable en los centros pero que entraña una patente irracionalidad en la periferia.

En efecto, no está demás repetirlo, mientras falta capital para llegar a la suficiencia dinámica de la economía, se invierte capital en la producción de bienes superiores, cuando hay otros que con menos capital pueden satisfacer la demanda, si bien con menor eficacia.

De nuevo encontramos aquí otra de las

consecuencias importantes de la distribución desigual del ingreso. Cuanto más crece el ingreso de los estratos favorecidos en el curso del desarrollo, más se dirige la demanda a los bienes superiores en detrimento de los que se producen en capas técnicas precedentes.

Lo mismo sucede en materia de servicios. Los de mayor eficacia exigen generalmente una inversión creciente de capital para dar a la fuerza de trabajo la necesaria calificación.

Nótese que en este caso, como en otros, el mecanismo del mercado se limita a responder a una demanda que refleja desigualdades distributivas emergentes de la estructura de la sociedad.

6. *Formas técnicas y ritmo de absorción*

Ya se ha discurrecido acerca del ritmo de acumulación de capital. Ahora vamos a ocuparnos de su influencia sobre el ritmo de absorción de fuerza de trabajo, influencia que depende de las formas técnicas en que se concreta el capital, así como de ciertas formas de consumo e inversión.

Para tratar esta materia, ténganse presentes las explicaciones dichas sobre las técnicas que aumentan la productividad y aquellas otras que elevan la eficacia de los bienes y servicios.

Consideremos las consecuencias de las técnicas de productividad, por decirlo así, sobre la absorción de fuerza de trabajo. Se discurre frecuentemente en la periferia acerca de opciones técnicas que, si bien significan menor producto por persona ocupada, permiten absorber más fuerza de trabajo y aseguran un mayor producto global para el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, salvo en algunos casos concretos, no se ha explorado este asunto con la detención que merece. Los centros, naturalmente, no se han interesado en esas opciones técnicas, pues sus esfuerzos innovadores, además de buscar nuevas formas de eficacia, se inspiran más y más en el objetivo de reducir el empleo de fuerza de trabajo.

Como quiera que fuere, el juego espontáneo de las fuerzas del mercado no lleva a las empresas a la búsqueda y adopción de aquellas opciones, sino de formas técnicas que rindan un incremento de la productividad a expensas de la ocupación.

Ahora bien, en el conjunto de la economía, si la fuerza de trabajo crece por ejemplo a razón de 3%, las empresas, guiadas por el incentivo de la ganancia, preferirán formas técnicas con un incremento de productividad, digamos, de 9%, pero con sólo un aumento de 1% en la ocupación,

a formas técnicas que permitan absorber todo el aumento de 3% de la fuerza de trabajo, pero con una elevación de sólo 7% en la productividad. En uno y otro caso, el crecimiento del producto global sería de 10%.

Podría inferirse de esto que, como el aumento del producto global sería el mismo, a la sociedad en su conjunto le sería indiferente que las empresas adoptaran formas técnicas de mayor productividad y menor ocupación, o de mayor ocupación y menor productividad. No es así, sin embargo, pues aparte de obvias consideraciones sociales, la desocupación o redundancia persistente de una porción importante de la fuerza de trabajo conduciría a aquella absorción espuria a la que nos referimos antes. Y en la medida en que ello sucediera, el Estado, para afrontar el problema, tendría que captar en una u otra forma una parte del incremento de la productividad, en desmedro de la acumulación. No creo que esto se encuentre muy lejos de la realidad periférica.

Parece, pues, que aun habiendo igual crecimiento del producto global, la racionalidad de la empresa no coincide necesariamente con la racionalidad de la economía en su conjunto.

Suelen afirmar los adeptos a las doctrinas neoclásicas que, si se respetaran las leyes del mercado, el precio del capital y el precio de la fuerza de trabajo —pédonesenos la expresión— se ajustarían en forma de favorecer las opciones más convenientes desde el punto de vista de la racionalidad colectiva. En otra oportunidad entraremos en este aspecto al examinar teorías que, elaboradas en los centros, se disputan infructuosamente la interpretación del desarrollo peri-

férico. Básteme decir aquí que, contrariamente a aquella creencia, no sólo el alza de remuneraciones lograda mediante la presión gremial interfiere con las leyes del mercado, sino que también lo hace la captación primaria del fruto del progreso técnico. Pues a pesar de ser el excedente el medio más importante de acumulación, no se manifiesta en la demanda de fondos para inversión en el mercado y, en consecuencia, tiende a deprimir el precio del capital.

Por lo que antes se ha expresado acerca del desconocimiento existente en materia de opciones técnicas, no podría decirse qué gravitación tiene la irracionalidad colectiva en la adopción de nuevas capas técnicas. Pero sí puede afirmarse que esa irracionalidad influye en el prematuro desplazamiento de capas técnicas precedentes.

Así, suele ocurrir que el capital físico que podría aún prolongar su existencia por un tiempo más o menos largo, acaso con algunas readaptaciones, se reemplaza utilizando fondos de amortización acumulados en la empresa por otras formas de capital que permiten reducir la fuerza de trabajo u obtener bienes y servicios de mayor eficacia. La racionalidad de la empresa está aquí en conflicto con la racionalidad colectiva, pues ésta aconsejaría prolongar la vida útil del capital físico, y emplear los fondos de amortización en nuevas inversiones que darían más empleo.

También se observa, como hemos dicho ya en otro lugar, el desplazamiento de capas técnicas que producen bienes de inferior eficacia por otras que producen bienes de eficacia mayor. Aquí tiene gran importancia la actitud de los consumidores. En efecto, a medida que aumen-

ta el ingreso por persona, la demanda tiende a desviarse preferentemente hacia los bienes superiores, en desmedro de las capas técnicas que generan bienes de menor eficacia. Hecho tanto más importante cuanto más acentuada sea la desigualdad de la distribución.

De esa manera se reduce o elimina la fuerza de trabajo que estaba empleada en las capas técnicas inferiores, con la consiguiente pérdida de ingresos y capacidad de ahorro y sin que se generen otras formas de absorción de la fuerza de trabajo; aún más serias serían las consecuencias si el capital físico empleado en esas capas técnicas proviniese en buena parte de otras empresas de similar jerarquía productiva.

Trátase de capas técnicas que no pueden defenderse a través de la dinámica del mercado. Cuando el incremento de la demanda se desvía de ellas hacia bienes de capas técnicas superiores, no solamente se genera desocupación, sino que se pierde el efecto multiplicador que de otro modo podría lograrse en la fuerza de trabajo en virtud del incremento de la demanda que se orientara hacia ellos, y no hacia bienes superiores. Más aún, si se consiguiera este efecto multiplicador mediante la defensa de aquellas actividades, no sería a expensas de los bienes y servicios de las capas técnicas superiores. La demanda se dirigiría finalmente hacia ellos, ya se trate de bienes finales o de productos primarios o intermedios, aunque con diferente composición de la que de otro modo se hubiera dado.

Insisto pues en que se trata de un fenómeno de irracionalidad por el cual nuevas capas técnicas eliminan prematuramente capas técnicas precedentes en desmedro de la ocupación y el producto glo-

bal. Tarde o temprano las capas técnicas precedentes tendrían que eliminarse, pero en un orden racional, esto es, a medida que la acumulación de capital permite absorber la fuerza de trabajo que así se va desplazando.

Si bien se reflexiona, esa tendencia de la demanda a desviarse hacia bienes y servicios superiores desborda el ámbito interno de la economía. En efecto, constituye un factor de gran importancia en el fenómeno de estrangulamiento exterior de que nos ocuparemos más adelante⁷. La elevada elasticidad-ingreso de las importaciones, en contraste con el ritmo relativamente lento de las exportaciones, se explica principalmente por la evolución de la técnica de los centros y el retardo periférico. Se agregan continuamente en estos últimos aquellas nuevas capas técnicas de donde surgen los bienes superiores cuya demanda tiende a desenvolverse con gran celeridad en la periferia. Buena parte de la actividad sustitutiva de importaciones atañe a estos bienes y a materias primas o intermedias que sirven para su fabricación.

Desde este punto de vista, es francamente positivo el efecto de la protección sustitutiva, si se mantiene dentro de ciertos límites, pues además de contrarrestar el estrangulamiento permite absorber fuerza de trabajo que no se requiere en las actividades exportadoras. La sustitución tiene además efectos multiplicadores en la demanda interna, ya que, habida cuenta de la acumulación de capital, hace posible elevar el ritmo de desarrollo más allá de lo que de otro modo correspondería al ritmo de las exportaciones.

⁷ Véase el capítulo VI.

Pero hay también un efecto negativo que ya se ha señalado en otro lugar. La implantación de industrias de bienes superiores significa emplear en ellas un aumento de capital por persona que, considerada la economía en su conjunto, podría dedicarse con más ventajas a la absorción de fuerza de trabajo y al mejoramiento de sus ingresos.

Tal parecería ser el sentido de la tesis de Mao acerca de las dos piernas de la tecnología. Una pierna en sus formas más avanzadas y otra en las menos avanzadas, hasta que pueda acumularse capital bastante para eliminar racionalmente a estas últimas. Más bien podría hablarse de varias piernas, una en cada una de las capas técnicas.

El acento que Mao ha puesto en la productividad agrícola —tanto a través del

empleo de capital físico, generalmente muy simple, como por el aumento de rendimientos de la tierra— genera una redundancia de fuerza de trabajo que se ocupa ya sea en infraestructura rural, ya sea en las pequeñas o medianas industrias con escasa densidad de capital organizadas en las comunas. Ese capital, en parte al menos, se produce en las mismas comunas. Todo ello al abrigo de la competencia de las capas técnicas más avanzadas.

Obsérvese el contraste con lo que acontece en la periferia latinoamericana, en donde la fuerza de trabajo redundante en la agricultura no se absorbe plenamente por insuficiente acumulación de capital; una parte de ella desplaza sencillamente su redundancia del campo a las ciudades en el juego espontáneo del mercado.

7. Formas de inversión que disminuyen el ritmo de absorción

Hasta ahora se ha considerado la influencia de las inversiones de capital sobre la absorción de fuerza de trabajo de conformidad con las formas técnicas que se adoptan. Ahora consideraremos otro aspecto de las inversiones que no carece de importancia, y que no atañe necesariamente a la técnica.

En este último sentido, podrían distinguirse dos grandes categorías. Por un lado, las inversiones en bienes que rinden un servicio por sí mismos y que, una vez realizadas, sólo requieren una cantidad relativamente pequeña de fuerza de trabajo. Por otro lado, aquellas inversiones que requieren la aplicación complementaria de fuerza de trabajo en el proceso productivo de bienes o servicios.

En consecuencia, cuanto más alta sea la proporción de inversiones en bienes que rinden un servicio por sí mismos en el conjunto de las inversiones, tanto menor será el ritmo de absorción de fuerza de trabajo. Tal es el caso típico de la vivienda.

Desde luego, hay una diferencia considerable entre el capital relativamente exiguo requerido por la vivienda precaria de los estratos inferiores y la cuantía muy elevada de la inversión en vivienda para los estratos superiores. La densidad de capital para vivienda depende, en consecuencia, de la estructura de la sociedad y de los estratos de ingresos que determinan la demanda, teniendo en

cuenta consideraciones de jerarquía social.

Así, pues, la desigualdad distributiva trae consigo un género de inversiones en que también se tiende a imitar cada vez más las modalidades de los centros. No me refiero solamente a los estratos superiores, sino también a una buena proporción de los estratos intermedios.

Hay otro aspecto de las inversiones en vivienda, además del que atañe a la exigua absorción de fuerza de trabajo una vez realizadas aquéllas. Si en lugar de la inversión desmesurada que realizan en vivienda los estratos superiores e intermedios, se dedicaran los recursos de ahorro a dar más fuerte impulso a la acumulación de capital en el proceso productivo, se elevaría el ritmo de absorción de fuerza de trabajo y el ritmo de desarrollo. Pero la sociedad de consumo no responde espontáneamente a motivaciones de esta naturaleza.

Conviene hacer ahora una aclaración para evitar confusiones. La construc-

ción de viviendas es un medio eficaz para combatir el desempleo, pues estimula la demanda general y la ocupación con efectos multiplicadores. Pero hay que distinguir entre este papel coyuntural o anticíclico, y el que puede atribuirsele —erróneamente, a mi juicio— cuando se trata de corregir la insuficiencia dinámica de la economía.

Se ha mencionado la vivienda a manera de ejemplo dentro de la categoría de bienes que rinden un servicio por sí mismos. Se trata de una categoría muy amplia que abarca las construcciones del Estado y, en general, las obras de infraestructura. Se presenta aquí una diferencia importante con respecto a las inversiones de capital fijo en el proceso productivo. Estas últimas responden a consideraciones técnicas que, dada la demanda y el incentivo de lograr el máximo de ganancia, no admiten gran margen de variación. En tanto que este margen discrecional puede ser muy grande en las inversiones en bienes que rinden servicios por sí mismos.

8. *Efectos de la demanda sobre la absorción de fuerza de trabajo*

Hay otro aspecto del proceso de absorción que conviene abordar ahora. Hemos hablado acerca de las necesidades de fuerza de trabajo de distintas calificaciones exigidas principalmente por la superposición de nuevas capas técnicas. Ello está vinculado de un modo estrecho a la intensidad de la demanda que resulta de la distribución del ingreso y en la cual se manifiestan, a su vez, los cambios que van ocurriendo en la estructura de la sociedad y en las relaciones de poder.

Ya nos hemos referido con frecuencia a la diversificación de los bienes y servicios. No todos ellos se diversifican en la misma forma y medida. Contrariamente a lo que sucede en la producción de bienes industriales, donde la técnica aumenta su eficacia (en el sentido ya explicado), en la producción agrícola las posibilidades de diversificación son limitadas. Es cierto que cada bien industrial llega tarde o temprano a la saturación, pero las innovaciones tecnológicas se

traducen de continuo en nuevos bienes, o nuevas formas de ellos, que despiertan y avivan la demanda.

En cambio, en el otro extremo, la demanda de bienes agrícolas tiende en general a crecer con menos celeridad que el ingreso. Esto tiene también gran significación en las relaciones centro-periferia. Pero por ahora nos limitaremos a su efecto en la demanda de fuerza de trabajo.

Dada la elasticidad-ingreso relativamente baja de la demanda de productos agrícolas, la fuerza de trabajo tiende a desplazarse a otras actividades. Este fenómeno se acentúa con el aumento de productividad, sobre todo cuando se introduce la mecanización.

Aquí interviene el papel dinámico de la industria, de los servicios personales calificados y del Estado en virtud de su diversificación: el papel de absorber genuinamente la fuerza de trabajo que se elimina de la agricultura y otras actividades expelentes de fuerza de trabajo.

Pero si estas actividades absorbentes no crecen con bastante intensidad—debido al ritmo insuficiente de acumulación de capital, y a la peculiar adopción de formas técnicas— una parte de la fuerza de trabajo desplazada queda redundante en la agricultura o traslada su redundancia a las ciudades. La falta de absorción dificulta así la elevación

de los ingresos rurales a pesar del aumento de productividad, salvo para aquella porción de la fuerza de trabajo que responde a las nuevas exigencias técnicas de la agricultura.

En tal caso, en vez de mejoramiento de la relación de ingresos de que hablamos al referirnos a la suficiencia dinámica, la relación se deteriora en perjuicio de la fuerza de trabajo rural. El fruto del avance técnico queda en esta forma en manos del terrateniente, si la tierra disponible es escasa. Si no lo es, o si el mejoramiento de rendimientos permite acrecentar la producción más allá de ciertos límites, el fruto se traslada a los consumidores internos o externos mediante el descenso de los precios, en la medida en que no sea captado por las operaciones de transporte o la acción de los intermediarios. Téngase en cuenta, a este respecto, que fuera del medio rural las remuneraciones en estas últimas actividades tienden a superar a las que allí prevalecen.

La insuficiencia dinámica trae también consigo el deterioro de las relaciones de ingreso de la fuerza de trabajo no calificada en las ciudades. A los efectos desfavorables de la insuficiente acumulación sobre su propia redundancia, se agregan los de la redundancia que se desplaza de la agricultura, como acabó de verse.

9. *Las contradicciones en la capacitación de fuerza de trabajo*

La superposición de nuevas capas técnicas cada vez más avanzadas en la periferia requiere la formación creciente de fuerza de trabajo calificada para responder a sus exigencias. Lo hemos mencionado insistentemente.

Trátase de una inversión considerable de capital que no se guía, sino en escasa medida, por las fuerzas del mercado. Precisa en gran parte de la acción deliberada y previsoría del Estado.

Es obvio que esta acción excede a con-

sideraciones de desarrollo, por relevantes que ellas sean. Comienza con la educación básica y llega hasta formas superiores de actividad intelectual y artística.

Pero la formación cultural, como la capacitación⁸, depende en gran medida del juego de relaciones de poder. En tiempos pretéritos gravitaban primordialmente las exigencias y aspiraciones de los estratos superiores. Después, las de los estratos intermedios. Como se desprende de estudios de la CEPAL, las inversiones que se realizan con esa orientación son relativamente cuantiosas si se recuerda la precariedad de la educación básica en buena parte de la periferia latinoamericana.

Nueva prueba, por lo demás, de que la estructura de la sociedad lleva también, en lo que atañe a la formación humana, a imitar formas de los centros que requieren alta densidad de capital por persona, como en la actividad económica propiamente dicha. Y, por supuesto, en desmedro de los estratos inferiores, privados en gran medida de posibilidades prácticas de acceso a las oportunidades de capacitación, sobre todo cuando se asciende en la escala de calificaciones. Tales son las consecuencias de las grandes disparidades en el poder social.

Pero ese problema, de suyo muy serio, no es el único. A pesar de los esfuerzos que se están realizando, dista mucho de haber consonancia entre la capacitación y las exigencias del desarrollo. Con

⁸Estamos empleando el término capacitación en un sentido muy amplio que abarca las calificaciones que se necesitan tanto en el proceso productivo como en los servicios personales y del Estado.

frecuencia la capacitación resulta insuficiente o inadecuada para responder a las necesidades de las nuevas capas técnicas, en tanto que sobreabunda para capas técnicas precedentes.

Aún más, hay una tendencia persistente a exagerar la capacitación convencional correspondiente a capas técnicas anteriores, que tienen más bien exigencias que podríamos llamar vegetativas, en contraste con aquéllas de las nuevas capas técnicas.

Hay algo más, sin embargo, y bien conocido por cierto. Esa capacitación convencional está fuertemente influida por consideraciones de movilidad social ascendente. Es un fenómeno cultural característico, de cuyo trasfondo surge la presión social y política que lleva a la absorción espuria de fuerza de trabajo por el Estado.

Sería un error, sin embargo, atribuir a esa capacitación desviada la existencia de este fenómeno, cuya raíz está en la insuficiencia dinámica del desarrollo, en la incapacidad del sistema para absorber genuinamente y con ingresos cada vez mayores el incremento de la fuerza de trabajo.

Nos referíamos hace un momento a otra manifestación del relegamiento de los estratos inferiores al mencionar la educación básica. Me inclino a concordar con quienes tienen autoridad para preconizar nuevos rumbos en esto, así como en otros aspectos fundamentales de la formación humana. Mas no se trata de un problema que deba acometerse fuera del marco del desarrollo. La educación básica es factor ineludible en la integración social de los estratos de ingresos

más bajos. Pero también lo es el ritmo de desarrollo. Si hubiera serias discrepancias entre ambos, se añadirían nuevos

elementos de frustración a los que con tan serias consecuencias han venido haciéndose sentir en América Latina.

Capítulo III

La captación primaria del fruto del avance técnico

1. *Indole dinámica del excedente*

Voy a ocuparme ahora del mecanismo de captación primaria de los frutos del avance técnico a través del proceso de formación y apropiación del excedente, para pasar en seguida al proceso redistributivo de esos frutos y abordar finalmente la crisis de la distribución.

La formación del excedente es un fenómeno esencialmente dinámico que acompaña al proceso productivo en el curso del desarrollo, esto es, de una economía que acrecienta su producción. Para comprenderlo hay que tener en cuenta el factor tiempo.

Entre la instalación del capital fijo y el afloramiento de bienes finales se desenvuelve un proceso productivo más o menos largo que tiene su punto de partida en la producción primaria. Durante el tiempo que así transcurre, y a lo largo de las etapas sucesivas del proceso, los empresarios pagan ingresos a la fuerza de trabajo creciente que participa en el proceso productivo. Al cabo de este proceso de elaboración se obtienen los bienes finales, con cuya venta las empresas recuperan los ingresos pagados en aquellas fases sucesivas. Si la realidad fuera estática, como suponen ciertos razonamientos teóricos para simplificar el análisis, los ingresos recuperados por los empresarios servirían para continuar indefinidamente el proceso productivo.

Pero no sucede así en una economía en crecimiento. Para acrecentar la producción es indispensable pagar a la fuerza de trabajo ingresos superiores a los que se van recuperando. Si se me permite expresarlo esquemáticamente, y con cierto sacrificio del rigor, los ingresos pagados hoy son superiores a los pagados ayer y recuperados hoy al final del proceso. Este exceso de ingresos es tanto mayor cuanto más intenso es el ritmo de acrecentamiento de los bienes finales de mañana.

¿Con qué se pagará este exceso de ingresos? Aquí está la clave de nuestro concepto del excedente. La expansión monetaria es inherente al proceso productivo y éste no se concibe sin ella. Gracias a esa expansión se financia el capital circulante representado por los bienes en elaboración en las fases sucesivas del proceso productivo.

Por lo que antes se dijo, es obvio que la cuantía del dinero que así se va creando con la expansión monetaria supera a la cuantía de los ingresos que constituyen el costo global de producción de los bienes finales que afloran al mercado. Y este exceso de ingresos así pagado a la fuerza de trabajo se transforma en excedente de demanda de aquellos bienes finales.

Este es un aspecto de nuestro problema. El otro —que se conjuga con el primero— es la disminución del costo en vir-

tud del aumento de productividad. Si no hubiera tal exceso de demanda, los precios de los bienes finales bajarían en correlación con el aumento de la productividad. Sería una de las formas de transferir a la colectividad los frutos del avance técnico, implícita en los razonamientos neoclásicos. Es precisamente este exceso de demanda, que surge del mismo proceso productivo, lo que impide el descenso de los precios.

Aquí está pues la explicación del excedente. En el conjunto de la economía éste proviene de la diferencia entre el valor global que las empresas reciben por los bienes finales, en virtud de aquel exceso de ingresos, y el correspondiente costo de producción representado por los ingresos anteriormente pagados. El excedente abarca las ganancias de las empresas, el interés del capital que ellas pagan y la amortización del capital fijo.

A través de la apropiación del excedente, quienes tienen los medios de pro-

ducción van captando primariamente el fruto del progreso técnico.

Que los precios no desciendan no significa necesariamente que haya estabilidad de precios. Pues no hay resorte alguno en el sistema, por bien que se maneje, que permita ajustar en forma estricta el exceso de demanda al descenso del costo de producción.

No hay un mecanismo de ajuste simultáneo, sino uno de corrección. Si los precios suben más allá del nivel internacional, habida cuenta de la protección aduanera, es porque aquel exceso de demanda es superior a lo que se requiere para compensar el descenso del costo de producción. En tal caso, la disparidad entre precios internos y externos provoca un desequilibrio exterior que, tarde o temprano, obligará a la autoridad monetaria a frenar la expansión de dinero. En este punto la teoría convencional es correcta, y si aquella autoridad es previsoramente, aplicará el freno en cuanto se observen los primeros síntomas de disparidad.

2. *El capital circulante y el excedente*

Se dijo más arriba que, en una economía en crecimiento, las empresas pagan a la fuerza de trabajo empleada en el proceso productivo una cantidad global de ingresos superior a la que recuperan con la venta de los bienes finales.

La magnitud de esta expansión monetaria inherente al proceso productivo depende del tiempo que dura este proceso y el ritmo de acrecentamiento de la producción. Pero, en todo caso, representa un exceso de ingresos varias veces superior a los ingresos que las empresas van recuperando.

Expresado en otros términos, el capital circulante constituido por los bienes en elaboración, hasta la etapa final, es de una cuantía superior a la de los bienes finales que van surgiendo del proceso productivo.

Así pues, por un extremo salen estos últimos, mientras que en el otro se inicia la producción de bienes finales futuros en cantidades superiores a las de los bienes finales presentes. Esta producción se va elaborando en las sucesivas etapas del proceso mediante el continuo acrecen-

tamiento de la fuerza de trabajo y de los ingresos que percibe.

Conviene averiguar qué es lo que sucede con el excedente en esas etapas sucesivas. Hay en ello un contraste significativo: mientras las distintas fases del proceso productivo van de atrás hacia adelante, la formación del excedente va de adelante hacia atrás.

En efecto, la presión de aquel exceso de demanda que se manifiesta en el proceso productivo se presenta primero en la etapa de bienes finales. Al ser la demanda de estos bienes finales superior a la oferta, surge el excedente y se acrecienta la demanda de bienes en la etapa anterior. Una parte de ese excedente se traslada a la etapa precedente, y así hasta llegar a la primaria. Hay pues un desplazamiento interno del excedente.

Este es uno de los elementos importantes que nos faltaba para comprender mejor la índole del proceso productivo. Hasta ahora nos habíamos referido solamente a los ingresos que se pagaban en ca-

da etapa a la fuerza de trabajo que en ella se empleaba. Ahora tendremos que agregar el excedente que corresponde a cada etapa. Con lo cual se vuelve indispensable una mayor expansión monetaria, y al monto de los ingresos contenido en el capital circulante se añade el del excedente.

Si el proceso productivo de cada bien, en sus distintas etapas, se llevara a efecto en una sola empresa, el excedente surgiría por una sola vez al final del proceso, como quiera que después se repartiera, de manera contable, en las distintas fases. El capital circulante estaría dado solamente por los ingresos pagados en el curso del proceso productivo.

El último elemento que nos faltaba es el de los impuestos y contribuciones que recaen sobre el costo de producción. Son, en verdad, ingresos que se pagan a la fuerza de trabajo empleada en los distintos servicios del Estado, pero su índole es, desde luego, diferente.

3. *La circulación del dinero*

Lo que vengo explicando representa una primera aproximación. No quisiera entrar ahora en complicaciones que nos aproximen más a la realidad, pero algunas son convenientes.

No todo el dinero con que las empresas pagan el exceso de ingresos vuelve inmediatamente a ellas cuando se venden los bienes finales. Una parte, cuya proporción tiende a crecer, se gasta en servicios. La demanda que así se desvía momentáneamente del proceso productivo constituye un elemento amortiguador que alivia la presión sobre la demanda

de bienes. Así, pues, una parte de la demanda se dirige hacia los servicios del Estado, los servicios personales de diferente naturaleza y los otros servicios. El dinero que sale así de la órbita del proceso productivo circula en estas otras órbitas y es con este dinero que se paga en ellas los ingresos de la fuerza de trabajo allí ocupada. Y en el curso de este movimiento circulatorio, el dinero va volviendo gradualmente a la órbita del proceso productivo.

La delimitación de órbitas no es simplemente formal. Es sustantiva. Por

importantes que en las tres órbitas de servicios sean las necesidades de inversión en bienes físicos y en formación técnica y profesional, en ellas no se requiere capital circulante comparable al que necesita el proceso productivo. En otras palabras, mientras la expansión monetaria es inherente al proceso productivo, no sucede así en las tres órbitas de servicios: no hay servicios cuyo proceso pueda compararse en duración al proceso productivo. No los hay, ciertamente, en la administración del Estado, ni en los servicios personales, salvo en forma muy limitada. Ni tampoco en las comunicaciones y los transportes, por ejemplo.

Permitaseme ahora una digresión. Hay otro fenómeno de desviación de la demanda, pero dentro del propio proceso productivo. Es de orden espacial. Me refiero a los bienes que tienen que importarse, cualquiera que sea su grado de elaboración. En consecuencia, parte de la expansión monetaria se dedica a pagar esas importaciones de bienes, con lo cual los países de donde proceden recuperan los ingresos pagados en su propio proceso productivo, más parte del excedente, en tanto que los países importadores alivian su presión monetaria. Por otro lado, la expansión monetaria se acrecienta con las exportaciones.

4. *Demanda y variación de precios*

La expansión monetaria inherente al proceso productivo no se extiende a los diferentes bienes según las diferencias en el incremento de productividad. La composición de la demanda va cambiando a medida que crece el ingreso por habitante y se modifica su distribución. Sucede entonces que una demanda intensa puede hacer subir los precios de bienes para los cuales la productividad no ha crecido o ha crecido poco, reuniéndose así una parte del excedente. Mientras que en bienes para los cuales la productividad crece con más rapidez que la demanda, una parte del excedente se traslada a los consumidores mediante el descenso de los precios. Lo que nos ha interesado hasta ahora en nuestro razonamiento es el nivel medio de precios y la cuantía global del excedente. Lo mismo sucede en los servicios, según recaiga sobre ellos el crecimiento global de la demanda o

de las decisiones que el Estado toma al respecto. Trátase de desplazamientos internos de la demanda monetaria que no modifican la cuantía global del excedente, sino su reparto interno. Esto nos lleva a un aspecto muy importante que suele ser mal interpretado.

Se sostiene, a veces, que si los precios no descienden conforme aumenta la productividad, se debe a que intervienen combinaciones monopólicas u oligopólicas que restringen la competencia, al abrigo de la protección aduanera, de patentes o de licencias que impiden aquella, o de otras formas conocidas. No es ésta mi interpretación. Se trata simplemente del mismo fenómeno de reparto interno del excedente global. Preséntanse casos muy diferentes: precios que se mantienen o suben, a pesar de aumentos extraordinarios de productividad, o sin que ésta haya variado. En todos estos ca-

Los monopolios u oligopolios toman para sí una parte del excedente mayor de lo que de otra manera les hubiera tocado.

La conclusión es muy lógica. La expansión monetaria no está dada por la acción de esas combinaciones restrictivas de la competencia, sino que por el ritmo de crecimiento de la producción en su conjunto. Y al captar ellas esa parte mayor que la que de otra manera les hubiera correspondido, queda una parte menor en otros bienes y servicios, debido a los correspondientes desplazamientos de la demanda.

Consideremos lo que sucede con la tierra. Cuando el incremento de la demanda de ciertos productos agrícolas no puede satisfacerse total o parcialmente por la limitación de tierra disponible, suben los precios y se desplaza así a los

propietarios de aquélla una parte del excedente global, aunque no haya habido aumento de productividad. Y este excedente aparece en la forma típica de renta del suelo.

Algo similar ocurre con el suelo urbano. Salvo que allí el aumento de productividad está dado por el progreso técnico, especialmente en la construcción y los transportes, que se traslada a la renta del suelo mediante el incremento de la demanda monetaria.

En el caso contrario, el de aumento de productividad superior a la demanda, el excedente se traspasa en forma de disminución de precios. Con lo cual la demanda monetaria se desplaza hacia otros bienes y servicios con mayor intensidad que la que se observaría en otra forma, con el efecto correspondiente sobre el excedente.

5. *La absorción de bienes finales*

Además de contribuir a la generación de excedente, la expansión monetaria tiene que ser suficiente para absorber el aumento de los bienes finales que afloran en el mercado. Ahora bien, si las empresas, en vez de acudir a la expansión monetaria para pagar ingresos a la fuerza de trabajo hacen uso del excedente anteriormente acumulado, no podrá absorberse del todo el aumento de bienes finales. Una parte de estos últimos se acumulará en las existencias y llevará a las empresas, más allá de ciertos límites, a reducir la producción a fin de liquidar aquéllas. Y en esta contracción el excedente se devora a sí mismo, por decirlo así. Por ello hemos calificado el excedente como fenómeno esencialmente dinámico, que sólo se genera en el crecimiento.

Unas pocas palabras ahora sobre la contracción económica. Cuando la demanda final se resiente en la forma antedicha, se acumulan existencias, como acaba de decirse, pues los bienes finales no se absorben en la forma creciente que se esperaba. Y con ello se resiente la demanda en las etapas precedentes del proceso productivo. El fenómeno de contracción se trasmite pues hacia atrás, con tanto mayor intensidad cuanto más lejos se encuentran esas etapas del fin del proceso productivo. Téngase en cuenta, en efecto, que en esas etapas lejanas se estaba preparando un incremento de producción futura mayor que el incremento de bienes finales cuya insuficiente absorción ha desencadenado el fenómeno de contracción.

Se dijo antes que la desviación de la demanda generada en el proceso productivo tenía efectos amortiguadores. Esto ocurre no sólo cuando aquélla excede a los bienes finales, sino también en una situación inversa. En efecto, cuando hay contracción de la actividad económica y se acumulan existencias invendibles de bienes, el retorno o reflujo de la demanda de los sectores de servicios al sector productivo contribuye a liquidar esas existencias y a estimular así la recuperación del sistema.

Nótese, sin embargo, que este papel amortiguador de los sectores de servicios se debe a que su proceso productivo no se caracteriza por el mismo fenómeno de expansión monetaria inherente al de los bienes, al menos con intensidad comparable, como se ha señalado ya.

Cabría ahora preguntarse por qué las

empresas emplearían el excedente en vez de acudir a la expansión del dinero. Podría ser por la política restrictiva de autoridades monetarias que juzgaran desmesurada aquella expansión, como pudiera también deberse al funcionamiento espontáneo del sistema.

En efecto, parte del excedente se dedica a la acumulación de capital fijo. Y la acumulación tiene un contorno cíclico. En la fase ascendente, crece con rapidez para recuperar lo que antes se había dejado de hacer e incorporar nuevas capas técnicas. Pero este ritmo no puede continuar indefinidamente por su mismo carácter extraordinario. Y cuando va aflojando, es lógico que los empresarios tengan menor necesidad de acudir a la expansión monetaria. Dedicar entonces una parte del excedente a pagar el incremento de ingresos, con las consecuencias que ya hemos señalado.

6. *Algunas observaciones sobre el ciclo y el excedente*

Nos hemos referido más arriba a la desviación interna de la demanda originada en el proceso productivo. Un fenómeno similar de desviación acontece en las relaciones de los centros con la periferia. Parte de la creación de ingresos en el proceso productivo de los bienes destinados a la exportación corresponde a la periferia. Y cuando los centros adquieren éstos para cumplir con su propio proceso, los empresarios periféricos recuperan los ingresos pagados por ellos mismos, más el excedente que se transmite hacia atrás desde la etapa final. Este movimiento de dinero entre centros y periferia tiene el mismo poder amortiguador señalado en el caso precedente.

Las observaciones anteriores conciernen también a los movimientos cíclicos; y me refiero a ellos aquí para evitar una excesiva simplificación de mi razonamiento. En verdad, el ciclo es la forma de crecer de la economía capitalista y no podríamos omitir algunas simples observaciones acerca de ello en el presente artículo.

El ciclo periférico ha sido, en verdad, muy poco explorado. En los tiempos del desarrollo hacia afuera, era un movimiento provocado por el ciclo de los centros, sobre todo del centro dinámico principal de entonces. Pero el desenvolvimiento progresivo de la industrialización tiende a generar ciertos movimien-

tos internos que se superponen a los de origen exterior, acentuándolos o atenuándolos, según las circunstancias, con efectos correspondientes sobre el excedente.

La principal manifestación en la periferia del movimiento cíclico de los centros es el incremento de las exportaciones primarias. El aumento de sus precios y también de su cuantía, aunque generalmente con menor intensidad, da un mayor impulso al proceso productivo.

Como consecuencia de esta acentuación del ritmo de la expansión interna aumenta el excedente, lo cual, a su vez, estimula el crecimiento de las inversiones, con el consiguiente aumento de la productividad. No se trata de un desplazamiento estructural del coeficiente de inversiones, sino de uno de índole coyuntural.

El ascenso cíclico va acompañado de un crecimiento de las importaciones que, aunque tiende a superar el ritmo de incremento del ingreso global, va a la zaga de las exportaciones. Así, pues, hay una expansión monetaria neta de origen exterior que se agrega a la expansión interna inherente al proceso productivo.

Lo contrario ocurre en el descenso cíclico. Se acentúa entonces la contracción si se deja operar espontáneamente a las fuerzas de la economía. Lo cual

es más bien una imagen del pasado, como se verá en seguida.

Durante la fase expansiva, el Estado suele aumentar sus recaudaciones con extraordinario ritmo. Tentación irresistible para acrecentar sus gastos e inversiones, entre ellos los que responden a la presión política de carácter redistributivo, a la absorción espuria de fuerza de trabajo, y a otros factores.

Pues bien, cuando sobreviene la contracción cíclica, además de tener efectos directos sobre el empleo en el proceso productivo, ésta afectará los recursos fiscales. La disminución de ellos llevaría a comprimir correlativamente los gastos o inversiones si la presión política no impidiera hacerlo, al menos con la intensidad exigida por una estricta ortodoxia monetaria. La contracción acarrea asimismo trastornos que agravan la arbitrariedad del régimen distributivo. Trátase de otra de las consecuencias del juego espontáneo de la economía, esta vez en el plano internacional. Volveremos sobre ello en el capítulo siguiente.

Mientras tanto, conviene anotar que durante la fase expansiva aumenta el excedente, tanto por ser más intenso el incremento de la productividad, como por el alza cíclica de los precios. Lo inverso ocurre en el descenso cíclico. Todo lo cual incide en la pugna distributiva, como se verá a su tiempo.

Capítulo IV

El juego espontáneo de la economía y la pugna redistributiva

1. *La tendencia inherente a la inflación*

En las páginas iniciales de este escrito se ha sentado una tesis que no habrá dejado

de extrañar. Se dijo allí que la tendencia a la inflación era inherente a cierta etapa

de desenvolvimiento del capitalismo periférico. No se trata, en verdad, de la inflación pretérita de estas tierras, sino de un fenómeno nuevo que surge de la pugna distributiva en las relaciones de poder. Dedicaremos este capítulo a examinarlo.

Muy lejanos están los tiempos del funcionamiento ortodoxo del sistema monetario. Dependía este funcionamiento de dos factores primordiales. Por un lado, de la debilidad del poder de los estratos de más abajo en comparación con el poder de los estratos superiores. Y, por otra parte, de la gravitación de la autoridad monetaria. Preocupada esta última de la estabilidad relativa de los precios interiores, a fin de no provocar desequilibrios externos, procuraba ajustar la expansión monetaria a las exigencias genuinas del proceso productivo.

Esta combinación de factores permitía a los estratos superiores resguardar el excedente acumulado y ceder solamente parte de su incremento a medida que crecía la demanda de fuerza de trabajo en el juego espontáneo de la economía.

Tal fue el funcionamiento clásico del patrón oro. Hubo una edad de oro del patrón oro, un tanto sublimada por una teoría que explicaba su funcionamiento con prescindencia del excedente y de las complicaciones del ciclo. Dio fin a esta época la Primera Guerra Mundial.

La periferia latinoamericana supo escapar con frecuencia a las exigencias ortodoxas, sea por la presión inflacionaria de los estratos superiores, propensos siempre a acrecentar su captación del

excedente, sea por la incontinencia financiera del Estado. Y, desde luego, por la gran vulnerabilidad exterior de la periferia a aquellos movimientos cíclicos.

Como quiera que fuere, la pugna distributiva nos plantea ahora un problema de inflación en términos muy diferentes a los del pasado, sin que ello signifique que esas tendencias de otros tiempos se hayan extinguido del todo. Sólo que complican más el fenómeno inflacionario.

Si bien se reflexiona, la gestión de la autoridad monetaria en los centros, y también en la periferia, a pesar de fuerzas poderosas que han tratado siempre de socavarla, es una experiencia única en el capitalismo: un mecanismo superior de regulación impersonal se sobrepone al juego espontáneo de la economía, por más que se haya querido exaltar erróneamente el carácter automático de aquél.

Se ha destronado a la autoridad monetaria, y acaso a la periferia latinoamericana le ha correspondido el mérito singular, aunque muy discutible, de ser precursora en este acontecimiento de tanta trascendencia. Se encuentra ahora en una posición cada vez más difícil para cumplir sus funciones estabilizadoras, conforme va tomando impulso el poder redistributivo de la fuerza de trabajo, en el empeño de compartir con los estratos superiores el fruto de la penetración de la técnica.

Sin embargo, al destronamiento de la autoridad monetaria no ha seguido el establecimiento de otro mecanismo de regulación en la pugna distributiva.

2. *El empeño redistributivo*

A falta de ese mecanismo, con el avance del proceso de democratización ha sur-

gido, frente al poder de captación del excedente por los estratos superiores, el po-

der redistributivo de los estratos de más abajo, principalmente de los estratos intermedios.

Este poder redistributivo, que se expresa por la vía política o la vía gremial, se empeña en lograr una distribución progresiva del ingreso y lo consigue hasta cierto punto.

Pero también se ejerce este poder para contrarrestar ciertos efectos regresivos que provienen, asimismo, del juego espontáneo de la economía, tanto en el plano interno como en el internacional.

Examinaremos primero cómo se desenvuelve el poder de redistribución y las consecuencias regresivas que trae consigo, las que bastan por sí mismas para llevar a una crisis distributiva, más aún si se añaden a las complicaciones del proceso de redistribución progresiva.

En el capítulo II vimos que el alcance redistributivo del juego espontáneo de la economía era muy parcial y limitado, a causa de la debilidad competitiva de gran parte de la fuerza de trabajo. Expresamos allí que, conforme se descendía en la escala de calificaciones requeridas por el avance técnico, tanto menos llegaba a la fuerza de trabajo el fruto de la mayor productividad. Y cuanto más se subía en la escala, tanto más fuerte era la influencia del poder social en la formación de fuerza de trabajo calificada. Poder social que no proviene del juego espontáneo de la economía, sino de la estructura de la sociedad.

El poder político y el poder gremial —como consecuencia del proceso de democratización— tratan de corregir esa debilidad competitiva de la fuerza de trabajo y lograr que se incremente su consumo gracias al compartimiento del excedente.

El poder político trata de mejorar el consumo social a través del Estado. En tanto que el poder gremial, apoyado a veces por el poder político, procura elevar el consumo privado y evitar que el acrecentamiento de aquél se realice a expensas de este último.

El incremento del consumo social se manifiesta en muy variadas medidas redistributivas que conciernen a la salud y educación, a la seguridad y bienestar sociales, a la vivienda.

Estas medidas redistributivas son muy desparejas. Las clases medias tradicionales han sido las primeras en beneficiarse de ellas y, con el andar del tiempo, los trabajadores industriales que se van incorporando a los estratos intermedios. Tienden ahora estas ventajas a extenderse a los estratos de ingreso inferiores. Pero, en todo caso, se distribuyen muy desigualmente aun en los estratos intermedios, de conformidad con manifiestas disparidades de poder, como se verá más adelante.

Para que este incremento de consumo social sea genuino, tendrá que hacerse a expensas del excedente, ya sea mediante impuestos que recaigan realmente en los estratos superiores, o por la redistribución de tal excedente dentro de ciertos límites.

Sucede, sin embargo, que el poder político de los estratos superiores suele ser suficiente para desviar la carga hacia la fuerza de trabajo. En efecto, una parte más o menos grande de los gastos e inversiones exigidos por el consumo social se cubren con gravámenes o contribuciones que elevan los costos en el proceso productivo o afectan desfavorablemente las remuneraciones.

Si las empresas absorben los mayores

costos gracias al excedente o conceden aumentos compensatorios en las remuneraciones que también se absorben así en virtud del poder gremial de los perjudicados, se habrá logrado un incremento real y efectivo de consumo social, además de la parte que se hubiera cubierto con gravámenes a los estratos superiores.

Pero si esos mayores costos se trasladan a los precios, será inevitable la espiral inflacionaria.

Lo mismo puede decirse cuando el poder gremial de la fuerza de trabajo obtiene aumentos de remuneraciones que acrecientan directamente su consumo privado.

3. Límites de la compresión del excedente

Todo ello presenta un problema de primordial importancia. ¿En qué medida absorbe el excedente el incremento de consumo social y privado? Ello depende de los tres factores siguientes:

- las dimensiones del aumento de consumo que se trata de conseguir;
- las dimensiones del excedente acumulado por las empresas;
- el margen de maniobra de la autoridad monetaria.

La dimensión del incremento de consumo que se trata de conseguir responde a la intensidad y extensión del poder político y gremial de la fuerza de trabajo. La gama de situaciones es variada, pues va desde la de los grupos de más poder en los estratos intermedios hasta la de aquellos de exiguo poder en los estratos inferiores.

De manera que la pugna por conseguir incrementos de consumo es muy desigual. Avanzan fácilmente los de más poder y quedan a la zaga los otros grupos sociales de poder inferior.

Consideremos primero el incremento de consumo logrado por los grupos de más poder, mediante el aumento de sus remuneraciones. Desde luego, las em-

presas tratarán de trasladar el alza de remuneraciones a los precios, a fin de defender el excedente. Es aquí donde entra en juego la autoridad monetaria. Esta última tratará de evitar el aumento de los precios, pero su margen de maniobra es muy estrecho una vez sobrepasado cierto límite. Dos casos extremos permitirán comprenderlo.

En el primer caso extremo, el crecimiento del excedente gracias al aumento de la productividad permite a las empresas absorber en cierta medida el incremento de consumo que se trata de conseguir y a la vez aumentar el excedente acumulado. Pero esto obliga a la autoridad monetaria a ser muy circunspecta, esto es, a no llevar la expansión monetaria más allá de lo que requiere el proceso productivo sin provocar alzas de precios.

En el otro caso extremo, los grupos de mayor poder político y gremial tratan de conseguir un incremento de consumo igual o superior a las dimensiones del excedente. La autoridad monetaria se ve forzada entonces a ampliar más el crédito que en el caso anterior, con el fin de que los precios puedan subir, en la medida en que el aumento de las remuneraciones sobrepase a lo que absorbe el excedente.

Si la autoridad monetaria no cede, sobrevendrá inevitablemente la contracción. Lo veremos más adelante. Por supuesto, entre esas dos situaciones extremas hay toda una gama de situaciones intermedias.

El primer caso extremo se presenta cuando el poder de los estratos superiores, por un lado, y el de la autoridad monetaria, por otro, son suficientes para actuar según los cánones de la ortodoxia.

En el segundo caso, el que toda el alza se traslade, o sólo se traslade una parte, depende de la capacidad de las empresas para absorber el aumento de las remuneraciones sin sacrificar seriamente su potencial de acumulación y el

desenvolvimiento de la sociedad de consumo.

Dicho sea de pasada que este potencial de acumulación del excedente sólo disminuye por aumentos de remuneraciones que no se trasladan a los precios. En efecto, cuando el excedente se invierte o se gasta en consumo, vuelve a reproducirse en el proceso productivo, además de los incrementos que se van generando al crecer la producción. Esta tendencia del excedente a reproducirse, como se dijo en otro lugar, no se debe a las limitaciones de la competencia. Con o sin limitaciones, es un fenómeno dinámico inherente al proceso productivo.

4. *La espiral inflacionaria*

Ahora bien, el traslado a los precios del aumento de remuneraciones de los grupos de más poder significa que la parte del incremento de su consumo que no ha sido absorbida por el excedente se efectúa a expensas del consumo de los otros grupos de los estratos intermedios de menor poder, y especialmente de los estratos inferiores.

Pero el fenómeno no se detiene allí, pues la reacción de estos grupos perjudicados no tarda en sentirse. Tratan de recuperar lo que han perdido y de participar, asimismo, en el incremento logrado mediante el aumento de la productividad. Conforme van logrando el reajuste de sus remuneraciones, se acentúa la presión sobre el excedente. Al incremento de consumo logrado por los grupos de más poder se agrega ahora el empeño de los grupos rezagados. Con lo cual el margen de maniobra de la autoridad mo-

netaria se reduce más aún y los reajustes que obtienen tales grupos rezagados se trasladan a los precios.

En esta forma se desenvuelve la espiral. En efecto, la nueva alza de precios reduce el incremento de consumo que antes habían logrado los grupos de más poder. En tanto que, por otro lado, los grupos más rezagados, que no obtienen aún reajuste alguno, sufren una nueva compresión de su consumo. Pero su capacidad de resistencia no es ilimitada. La disparidad se acentúa con la inflación, y la reacción política de los perjudicados termina por forzar al Estado a imponer reajustes globales que dan mayor impulso a la espiral inflacionaria. Tal es la manera en que se propaga la inflación en toda la estructura de la sociedad. Pero, como bien se sabe, quedan excluidos principalmente quienes perciben réditos fijos.

A medida que la inflación se propaga tienden a acortarse los períodos de reajuste, con la consiguiente aceleración de la espiral.

Hay otro aspecto de la pugna distributiva que no podríamos omitir. Nos hemos referido en el capítulo II a la introducción de nuevas capas técnicas de mayor productividad que se agregan a las anteriores y ofrecen más amplio margen para el ejercicio del poder de los grupos avanzados. Esa mayor productividad permite a las empresas pertinentes aumentar holgadamente las remuneraciones. No así en capas técnicas precedentes, que tienen un menor margen de excedente acumulado. La generalización de los aumentos de remuneraciones sin un incremento similar de la productividad y, por tanto, del excedente, agrega pues un elemento adicional a la pugna distributiva.

Todo esto atañe a la pugna redistributiva propiamente dicha, esto es, al

empeño de la fuerza de trabajo de acrecentar su consumo privado y social compartiendo con los estratos superiores el aumento de la productividad. Pero, el poder de la fuerza de trabajo se ejerce también para resarcirse de la reducción de su consumo causada por fenómenos de origen estructural que el juego espontáneo del sistema no puede corregir. Como tampoco puede evitar aquellas disparidades distributivas que surgen del mismo juego espontáneo y que tratan de corregirse mediante el poder político y gremial de la fuerza de trabajo, según hemos venido explicando.

En el trasfondo de estos fenómenos encuéntrase la arbitrariedad del régimen distributivo del capitalismo periférico. Me resisto a creer que haya en todo esto un determinismo fatalista. Más bien considero que la periferia no ha logrado encontrar nuevas fórmulas para atacar el problema fundamental de la acumulación de capital y la distribución del ingreso.

5. Factores estructurales y funcionales de la inflación

Uno de esos fenómenos de origen estructural es la concentración de la tierra, al que se agrega la renuencia del gran propietario tradicional a esforzarse en introducir técnicas que mejoren los rendimientos por unidad de superficie. Si por el aumento de la población y sus ingresos, la demanda crece más que la producción, suben los precios de ciertos alimentos básicos que tienen gran importancia en el consumo. Ello es suficiente en ciertos casos para generar la espiral inflacionaria, o acentuarla, si es que venía desenvolviéndose.

Este aspecto de la inflación llevó a algunos economistas de la CEPAL, hace algunos años, a desarrollar la tesis estructuralista, sobre la cual volveremos más adelante.

Otro de esos fenómenos de origen estructural atañe al comercio exterior. Hemos explicado en otro lugar que, dada la estructura productiva de la periferia y de los centros, la demanda de importaciones tiende persistentemente a crecer con más celeridad que las exportaciones. La corrección de esta disparidad ha llevado a la política sustitu-

tiva de importaciones basada en la protección. El poder político de las empresas ha abusado generalmente de esta necesidad de apoyo, pues lo ha obtenido con exageración y por tiempo indefinido. Ello ha traído asimismo la elevación de los precios internos, con la consiguiente reacción de la fuerza de trabajo.

Aparte de los fenómenos estructurales que se acaban de señalar, no podríamos dejar de mencionar las consecuencias de los movimientos cíclicos sobre el excedente y la tendencia a la inflación inherente al sistema. El excedente tiende a aumentar en la fase ascendente del ciclo y a comprimirse en la descendente. En la primera se alivia la presión redistributiva, en tanto que en la última se agudiza.

Ese aumento del excedente no sólo proviene del alza de precios de las exportaciones, sino también del efecto de las nuevas y crecientes inversiones de capital en la productividad, así como de la mayor utilización de la capacidad instalada, gracias al aumento cíclico de la demanda.

Complicase este fenómeno cuando el aumento del precio de las exportaciones incide desfavorablemente sobre el consumo interno. No alargaremos con ello nuestra exposición. Pero si nos interesa señalar una consecuencia muy importante de la contracción cíclica. Algo dijimos sobre ella en el capítulo anterior y completaremos ahora lo que allí se ha expresado, aunque muy brevemente.

6. *La contracción económica en la periferia*

El avance del proceso de democratización impide que la contracción se desenvuelva espontáneamente, como exige la ortodoxia monetaria, pues sobreviene la presión política en favor de medidas que se oponen a aquélla. No digo que esto sea lo más acertado. Me parece preferible que se tomen medidas en momentos de bonanza, para atenuar después los efectos de la contracción. Pero no suele hacerse. Los tiempos de bonanza no alientan la previsión.

Como quiera que fuere, esa presión política no proviene solamente de quienes se han visto favorecidos por los gastos e inversiones del Estado en momentos favorables. Ello sería de suyo suficiente para resistir la compresión de aquéllos. Pero se añade la presión

política del sector productivo de bienes, que también sufre las consecuencias del descenso. Se impone entonces el déficit keynesiano en las finanzas del Estado, y la expansión monetaria a que ello da lugar tiende a contrarrestar la contracción interna.

Sin embargo, el margen de maniobra de una política keynesiana es mucho más estrecho en la periferia que en los centros, especialmente en el centro dinámico principal. Si bien es cierto que allí también el déficit tiende a aumentar las importaciones, no lo es menos que ello estimula la recuperación de otros centros y también de la misma periferia. El aumento de aquéllos va acompañado así del de las exportaciones, aunque con cierto retardo.

Keynes, como suelen hacer muchos economistas de los centros —aunque menos que antes— ha ignorado la periferia. A un país periférico no le es dado influir significativamente en la recuperación de los centros, por más que mantenga o acreciente las importaciones provenientes de ellos: otra manifestación característica de la pasividad de la economía periférica. No crea impulsos hacia afuera, simplemente los recibe.

La expansión monetaria provocada por el déficit interno trae consigo el alza de precios, además de un desequilibrio exterior que lleva necesariamente a la devaluación, aunque ésta se postergue con expedientes arbitristas.

Como se comprende fácilmente, la devaluación permite atacar el desequilibrio. Pero no le es dado contener el alza de los precios internos. Por el contrario, contribuye a acentuarla.

Ahora bien, si hubo una convergencia de intereses en favor de una política de expansión monetaria para contrarrestar el descenso cíclico, esa convergencia no tarda en disolverse con la elevación de los precios. Pues mien-

tras los estratos superiores defienden el excedente con la devaluación, cuando no lo agrandan, los de más abajo se empeñan también en defender sus remuneraciones, tratando de resarcirse de los efectos que el ascenso de los precios —provocado o acentuado por la devaluación— tiene sobre su consumo.

Y a medida que ocurren estos reajustes en la pugna distributiva, van menguando los efectos externos de la devaluación, hasta que se impone otra, y así sucesivamente, mientras se propaga el fenómeno inflacionario acentuado por el continuo déficit fiscal.

Me parece clara la conclusión de lo que acabo de explicar. Dada la forma cíclica del desarrollo periférico, tan influida por los centros, el avance del proceso de democratización lleva primero a la presión política en favor de medidas compensatorias, y después a la pugna distributiva. Ya no se trata solamente de mejorar la participación de la fuerza de trabajo en la distribución del ingreso, sino de evitar los efectos regresivos de la política compensatoria.

7. *El dilema de la autoridad monetaria*

En otra parte de este capítulo hemos sostenido que cuando las dimensiones del incremento de consumo que la fuerza de trabajo trata de conseguir sobrepasan lo que el excedente podría absorber, la autoridad monetaria se ve forzada a acentuar la expansión monetaria, a fin de evitar la contracción. En verdad, se plantea un grave dilema a la autoridad monetaria. O ésta, según acaba de expresarse, se decide a expandir el

crédito más allá de lo que venía exigiendo el proceso productivo, con lo cual la espiral inflacionaria adquiere más y más amplitud, o se niega a hacerlo provocando una contracción.

Tratemos de explicar por qué esto último sobreviene necesariamente. Recuérdese el papel de la expansión monetaria inherente al proceso productivo. Es un doble papel: genera excedente al evitar el descenso de los precios con-

forme a la productividad, y a la vez permite absorber el aumento de los bienes finales. Si la autoridad monetaria restringe la expansión monetaria, el mercado no puede absorber el incremento de bienes finales y se acumulan existencias en la etapa final del proceso productivo. Así comienza la contracción.

En efecto, la disminución inicial de la demanda provocada por la restricción monetaria se va trasladando a las etapas anteriores del proceso productivo y provoca esa acumulación de existencias, tanto más amplia cuanto más lejos se encuentren esas etapas del final del proceso.

Digo esto para que se comprenda bien la índole y las consecuencias de la pugna distributiva. Más aún, en el curso de ésta tienden a crecer las dimensiones del reajuste, o sea, la magnitud del consumo privado que los grupos rezagados tratan de recuperar o de obtener adicionalmente.

Así pues, la política restrictiva lleva a una contracción cuya profundidad depende en gran parte de la disparidad entre las dimensiones del excedente y las del incremento de consumo que se trata de conseguir en la pugna redistributiva.

Plantéase así a la autoridad monetaria, como se dijo algo más arriba, aquel dilema inexorable en el desenvolvimiento del proceso democrático. O la contracción de la economía, o la continuación de la espiral inflacionaria, sin que pueda contenerse su continua ampliación a medida que se despliega la presión de los rezagados y la frecuencia de los reajustes, y se añaden los efectos de las devaluaciones periódicas.

Por supuesto que ninguno de los dos términos de este dilema es social o políticamente aceptable. Pero no entremos en ello antes de haber esclarecido otras complejidades.

8. *Inflación y desempleo*

Se presenta con frecuencia un caso de dualidad contraproducente en la política monetaria: expansión crediticia para enjugar el déficit del Estado, y restricción para combatir el fenómeno inflacionario en el proceso productivo.

Son conocidos los factores que conducen al déficit. La misma inflación es uno de ellos, cuando las relaciones de poder la llevan a reajustar las remuneraciones y los gastos en general, sin un esfuerzo tributario correlativo. O cuando no se realiza este esfuerzo para cubrir la absorción espuria de fuerza de trabajo.

Pues bien, suele pensarse que la creación de dinero emergente del déficit fiscal basta para responder a la expansión exigida por el proceso productivo. Y para atenuar la intensidad de la inflación se restringe la cuantía de dinero que requiere esta última. Esto lleva necesariamente a la contracción, aun cuando la cantidad total de dinero continúe creciendo inflacionariamente debido al déficit.

El incremento de ingresos indispensables para aumentar la producción —y que constituye el capital circulan-

te de las empresas— exige una expansión monetaria varias veces superior a los ingresos que aquéllas recuperan al vender los bienes fiscales.

Ahora bien, el aumento inflacionario del excedente provocado por el déficit fiscal no puede sustituir a esa expansión monetaria. En efecto, este excedente, según se ha explicado en otro lugar, se genera en la etapa final del proceso productivo y se distribuye hacia atrás en las etapas precedentes, aumentando así el valor de los bienes en elaboración que forman el capital circulante. En consecuencia, el excedente no podría emplearse para pagar aquel incremento de ingresos requerido por el acrecentamiento de la producción.

Dada, pues, la forma en que funciona el sistema, para continuar el acrecentamiento de la producción es indispensable que prosiga la expansión monetaria inherente al proceso productivo. Esta deberá ser tanto mayor cuanto más vaya creciendo inflacionariamente el excedente a causa del déficit fiscal. Si la restricción crediticia impide hacerlo, sobrevendrá la contracción.

Obsérvese bien lo que esto significa. Por un lado la restricción crediticia aplicada por la autoridad monetaria provoca el desempleo. Y, por otro lado, la inflación provocada por el déficit sigue aumentando los precios y la presión en fa-

vor del aumento de las remuneraciones de los que quedan empleados. Por donde se explica la coexistencia —nada pacífica por cierto— entre el desempleo y la elevación inflacionaria de precios y remuneraciones en la consabida espiral.

Conviene advertir, sin embargo, que una contradicción de esta naturaleza no sólo surge de esa dualidad en la política monetaria. Se trata de un caso extremo. Para que la contradicción se presente basta con que la restricción monetaria provoque la contracción de la economía, aun cuando no haya déficit fiscal. La contracción trae el desempleo, pero la espiral continúa en el ámbito de los que quedan ocupados, debido a aquel fenómeno de propagación que antes se ha explicado. En efecto, los que van a la zaga no sólo tratarán de recuperar lo perdido, sino avanzar, y, en la medida que lo consigan por su poder político y gremial, el alza consiguiente de precios perjudicará a los que iban adelante. La diferencia con el caso anterior, en que se superponen los efectos del déficit fiscal, está evidentemente en la intensidad del fenómeno inflacionario.

Suele creerse que el desempleo alivia la pugna distributiva. Pero no se tiene en cuenta que la disminución correlativa de la producción tiende a contrarrestar ese alivio.

9. *La crisis distributiva*

Como quiera que fuere, la contracción llega a ser social y políticamente intolerable. Se impone pues una nueva expansión acompañada de la correspondiente devaluación de la moneda, hasta restablecer la plenitud del excedente.

El sistema no puede funcionar regularmente sin el excedente. Pues éste es la fuente más importante de acumulación de capital. Pero al restablecerse el excedente se imprime también más impulso a la sociedad de consumo, ex-

presión manifiesta de una gran desigualdad social.

La expansión y la pugna distributiva amplían de más en más la espiral inflacionaria al acentuarse el fenómeno de propagación y la frecuencia de los reajustes, según se ha explicado anteriormente. Bien se sabe que ello conduce al desquiciamiento del sistema, por lo que no necesitamos detenernos en este punto. Ese desquiciamiento no se corrige con las tentativas frustráneas de reprimir ciertas manifestaciones de la inflación, que terminan por hacer insostenible la continuación del proceso.

Tal es la índole de la crisis distributiva. No tiene un desenlace espontáneo en el juego de las relaciones de poder. El desenlace es político, ya sea para volver al desenvolvimiento regular de la sociedad de consumo, en serio detrimento del proceso de democratización, ya sea para transformar el sistema⁹.

Ni inflación reprimida ni terapéutica monetaria para atacar el mal. La terapéutica monetaria supone que el mal es efecto de la plétora de dinero. En consecuencia pues, con eliminar simplemente esa plétora se resuelve el problema. Es cuestión de firmeza de convicciones. La tuvo aquel personaje clásico cuyo diagnóstico giraba en torno a la plétora sanguínea. Había que sangrar al enfermo. El enfermo languidecía pero no se curaba. Había que sangrarlo más hasta comprobar la eficacia del tratamiento. Resultaba eficaz, sin duda alguna. Y, de paso, se mataba al enfermo.

⁹Volveremos sobre este punto en el capítulo V.

Lo cual no lleva necesariamente a que se pierda la fe en el tratamiento¹⁰.

Fue la reacción contra este género de tratamiento lo que condujo hace años a algunos economistas de la CEPAL, a enfrentar a algunos otros del Fondo Monetario Internacional que pretendían extirpar la inflación con la restricción monetaria. El mérito de los primeros —y yo no me encontraba entre ellos— fue señalar lo contraproducente del remedio. Sostenían que la inflación tenía su origen en factores estructurales y no monetarios. Desatóse entonces la famosa controversia entre estructuralistas y monetaristas. Y como siempre ocurre en estos casos, el péndulo fue muy lejos en la tesis estructuralista.

Yo no sé si después de esta exposición se me llamará estructuralista. Rechazo clasificarme y que me clasifiquen. Pero reconozco que hay que entrar a fondo en el examen estructural del capitalismo periférico.

El juego de las relaciones de poder dimana en verdad de la estructura cambiante de la sociedad y sin ella no podría explicarse la arbitraria distribución del ingreso, ni el ritmo insuficiente de acumulación de capital y, por tanto, la tendencia excluyente de la sociedad de consumo. El juego espontáneo de la economía refleja aquellas relaciones y no puede evitar ni corregir sus consecuencias en el plano interno. Tampoco puede hacerlo en el plano internacional, sujeta como está la perife-

¹⁰Me refiero aquí a la contracción provocada deliberadamente por la política monetaria. Pero no a la que ocurra debido a un déficit exterior que no es cubierto por créditos o por la compresión de ciertas importaciones.

ria a los movimientos cíclicos y otras vicisitudes de los centros.

Fallas éstas y otras del capitalismo periférico que exigen calar más profundamente, buscar sus causas en el fondo mismo del sistema. Estoy tratando de hacerlo en este documento preliminar. Y al hacerlo rehúyo más aún el prurito de clasificación dentro de esquemas preestablecidos.

Como dije en otro lugar, el mercado puede llegar a ser un mecanismo téc-

nico eficaz si se logra dar validez dinámica al ritmo de acumulación y cambiar fundamentalmente el régimen distributivo. Acaso entonces las condiciones se volverán propicias a la restauración de la autoridad monetaria. Pero como parte integrante de una disciplina del desarrollo. Tema éste que atañe a la teoría de la transformación y al arte político del desarrollo que abordaremos en otra oportunidad.

Capítulo V

El proceso de democratización en el juego de las relaciones de poder

1. *Desenvolvimiento del poder político y gremial*

El proceso de democratización acompaña a la evolución del desarrollo y sus transformaciones estructurales y, a la vez, influye en ella. Su alcance y ramificaciones son muy vastos. Pero en este trabajo sólo examinaremos su significación en el proceso distributivo y en la crisis a la que éste tiende en el curso avanzado del desarrollo, según se ha explicado en el capítulo anterior.

En la fase del desarrollo hacia afuera, caracterizada por la penetración de la técnica productiva de los centros en la producción primaria y actividades conexas, dominaba el poder político de los estratos superiores de ingresos, estrechamente vinculados al capital extranjero. Junto a estos estratos se iban desenvolviendo las clases medias, con muy limitado poder político. La mayor parte de la población quedaba sumida en una capa

técnica precapitalista, excluida del proceso económico, social y político y, por supuesto, de los frutos del desarrollo.

La ampliación progresiva de los estratos intermedios comienza con la industrialización. A esas clases medias primitivas se van agregando nuevos elementos, tanto en el campo de las actividades privadas como en la esfera pública y la vida profesional. Son los elementos que poseen las calificaciones que exige de más en más el avance del desarrollo.

Las exigencias de calificación, en el sentido más amplio de este vocablo, son desde luego muy dispares. Según se ha explicado en otro lugar, cuanto más alta es la calificación, tanto mayor es la aptitud de quienes la tienen para participar en el fruto de la mayor productividad. Y a medida que se desciende en la escala, esa aptitud se debilita y se va imponiendo

el poder democrático (político y gremial), logrando lo que no trae consigo el juego espontáneo de la economía.

De esta manera, a medida que avanza el proceso económico, se van ampliando los estratos intermedios mediante las dos formas de absorción de fuerza de trabajo que se ha explicado en otro lugar, a saber, la que se efectúa genuinamente en el sistema, y la absorción espuria, principalmente en las actividades del Estado.

De nuevo obsérvanse aquí las acciones y reacciones que acompañan a la transformación estructural. El poder político de los estratos intermedios logra que llegue progresivamente a ellos la educación general y la capacitación, que antes se circunscribían principalmente a los estratos superiores. Conforme ello ocurre, va acentuándose su poder político y también gremial, así como otras manifestaciones significativas del proceso de democratización. Se desenvuelve en esta forma el sentido de su propia identidad, la conciencia del papel que desempeñan y sus aspiraciones de ascenso social, para cuyo logro el mejoramiento económico es un ingrediente inseparable. La expansión de los estratos medios y el proceso de democratización se refuerzan mutuamente.

Como bien se sabe, el fenómeno característico de concentración urbana, resultante en gran parte de la evolución de la técnica y la distribución del ingreso, favorece este desenvolvimiento multiforme de los estratos intermedios.

Asimismo, es notoria la influencia de los medios técnicos de comunicación y difusión social en esta evolución estructural. Ello contribuye a que en el desarrollo periférico el proceso de democratización tienda a hacerse sentir en una

fase histórica anterior a aquella en que se observó en la evolución característica de los centros. No sólo en lo que concierne a los estratos intermedios, sino también a los estratos inferiores.

En verdad, los movimientos políticos que expresan los intereses y aspiraciones de los estratos intermedios procuran apoyarse en la movilización de los estratos inferiores. Contribuyen de esta manera a despertar y estimular sus aspiraciones latentes, largamente postergadas, con lo cual la pugna distributiva adquiere nuevas y muy significativas dimensiones.

Sobreviene en esta forma un fenómeno de la mayor importancia. El acrecentamiento del poder democrático de los estratos intermedios y su extensión a los estratos inferiores —por limitada que sea— trae consigo una disparidad cada vez mayor entre el proceso económico y el proceso democrático.

Ya se han explicado en otro lugar los factores que intervienen principalmente en esta disparidad. No es el caso de repetirlo. Lo que interesa ahora es recordar las graves derivaciones de este fenómeno. Pues el avance irrestricto del proceso de democratización —tanto del poder gremial como del político— en contraposición al poder económico y político de los estratos superiores, tiene por consecuencia acentuar cada vez más el sentido inflacionario inherente al capitalismo periférico a medida que se hace más intensa la pugna distributiva. Con lo cual se resiente el ritmo de acumulación y se debilita el ritmo de absorción de la fuerza de trabajo.

No hay mecanismo espontáneo alguno que tienda a corregir semejante disparidad. Y no habiéndolo, se impondría en un plano de racionalidad colectiva un

esfuerzo deliberado por imprimir adecuada intensidad a la acumulación de capital, a expensas del progresivo desenvolvimiento de la sociedad de consumo. Si no se cumple este esfuerzo, la crisis del desarrollo lleva tarde o temprano a retroceder en el curso ascendente del proceso de democratización, si es que antes no se lo ha contenido.

Conclusión muy desconcertante para quienes creían en la posibilidad de alcanzar los grandes objetivos del desarrollo: la equidad social y el avance sostenido del proceso democrático. Acaso ésta no sea la mejor forma de expresar tal incompatibilidad. Ella se plantea más bien entre la exaltación de la sociedad de consumo y el desenvolvimiento democrático.

Es claro que el retroceso del proceso de democratización, tanto en la acción gremial como en el movimiento político, permite atenuar manifiestamente, si no sofocar del todo, la pugna distributiva. Condición que parecería inevitable mientras no se transforme el régimen de distribución y acumulación.

En el juego de las relaciones de poder la acción política y gremial constituye el único medio de que dispone la fuerza de trabajo —aparte su limitado poder social— para contrarrestar el considerable poder de los estratos superiores. Pero ello conduce a la crisis del sistema, si el poder gremial y político se ejerce sin limitaciones.

2. *La contención y el retroceso del proceso de democratización*

Los modos por los cuales se llega a lograr que el proceso de democratización amiore su avance, se detenga o retroceda son muchos y, en determinadas situaciones, pueden combinar de manera variada elementos de fuerza, de manipulación y de persuasión.

Es muy importante y significativo, sin embargo, el tipo de régimen político en que la democracia representativa se desenvuelve con todas sus manifestaciones formales, pero con muy escasa sustancia. Grandes movimientos de masas, si se quiere, pero dirigidos desde la cúspide del sistema. No se recurre en forma sistemática a la fuerza, que se mantiene como elemento potencial, disponible en todo momento para casos de emergencia.

La clave de semejante régimen radica en su aptitud para integrar en su seno a

los que podríamos llamar individuos dinámicos del sistema, que tienden a surgir en todos los estratos. Son aquellos individuos que se destacan por su imaginación e iniciativa, su aptitud de organización, su espíritu de lucha y su capacidad para asumir riesgos y responsabilidades. Estos elementos dinámicos, por relativamente pequeña que sea su participación en el conjunto, tienen un sentido vital ambivalente cuyos efectos son positivos para el desarrollo, si se pueden incorporar al sistema y encuentran oportunidades de ascenso social; en caso contrario, los efectos serán perturbadores. En esto tiene gran influencia el ritmo de desarrollo.

De todos modos, la actitud de estos individuos contrasta con la pasividad de gran parte de la fuerza de trabajo que, independientemente del grado de califica-

ción técnica y profesional o de preparación intelectual, no se inclina a participar activamente en la pugna distributiva ni en reivindicaciones de índole política o de otra naturaleza, sin el impulso de los elementos dinámicos. Se trata de elementos vegetativos en la formación estructural.

Entre esos elementos dinámicos tienen importancia considerable los que surgen y se elevan por sus condiciones en el proceso de democratización. Tal es la significación de los dirigentes gremiales y políticos. Su incorporación al sistema, sus posibilidades de inserción en una u otra forma en la sociedad de consumo, facilitan cierta articulación de intereses con los dirigentes de la actividad económica, una suerte de alianza que se concierne generalmente bajo el signo del Estado en el juego de las relaciones de poder.

Tampoco podrían quedar al margen aquellos elementos dinámicos de los medios intelectuales, proclives a acentuar su inclinación a la crítica del sistema en la medida en que no se absorben o dejan de absorber por el sistema.

Por supuesto, aquellas alianzas o compromisos encauzan y moderan la intensidad de la pugna distributiva, con lo cual contribuyen al desenvolvimiento regular de la sociedad de consumo.

Se ha explicado en otro lugar que el ritmo de absorción y elevación social de los estratos inferiores que constituyen la sociedad de infraconsumo tiende a debilitarse de tal modo que se mantienen rezagados, con una tasa de desarrollo realmente exigua, si es que hay tal desarrollo. En tanto que el ritmo de absorción y mejoramiento de los de más arriba puede llegar a ser muy alto. Privados de sus elementos dinámicos, los estratos infe-

riores no se encuentran en condiciones de desenvolver su potencialidad de democratización, como no sea en aquellas típicas formas de movilización popular a que se hizo referencia antes.

Es todo ello de una complejidad que escapa a estas observaciones esquemáticas. La absorción de elementos dinámicos dispensa del empleo sistemático de la fuerza, incluso en los regímenes autoritarios, tanto más si están sujetos a renovaciones regulares y periódicas, acompañadas de un cierto grado de circulación de esos elementos que atenúa, si no evita, la rigidez del sistema.

Muy diferente es el caso en que el desenvolvimiento de la sociedad de consumo se basa fundamentalmente en el empleo de la fuerza. Los elementos dinámicos de la vida gremial y de los movimientos populares aminoran o pierden de un modo u otro su gravitación colectiva, en contraste con los elementos dinámicos de la actividad económica, libres de trabas que sofoquen su iniciativa y su libertad de movimientos.

Tal vez el empleo de la fuerza podría resultar mucho más eficaz para acelerar el ritmo de desarrollo de la sociedad de consumo que aquellas alianzas de elementos dinámicos, sobre todo si se abrieren las puertas a la participación extranjera.

Tal es el costo político y social de la sociedad de consumo en cuyo torno ha girado el capitalismo periférico, desde su fase incipiente hasta la exaltación de aquella que se manifiesta en algunas partes. Sea que la sociedad de consumo se apoye principalmente en la absorción de elementos dinámicos, en el empleo de la fuerza, o en una combinación de ambas modalidades, no hay elección delibera-

da de modelos, sino la resultante de un complejo de factores históricos y políticos, geográficos y circunstanciales.

Ni el enardecimiento de la pugna distributiva por el avance del poder democrático, ni la contención de éste o su retroceso, resuelven el problema fundamen-

tal del capitalismo periférico: elevar el ritmo de acumulación de capital para contrarrestar el ritmo insuficiente de absorción de la fuerza de trabajo. En otros términos, mayor acumulación para corregir la disparidad creciente entre el proceso político y el proceso económico.

3. *La crisis del proceso de democratización*

Esa disparidad tiende a conducir a la crisis del proceso de democratización, aunque los estratos de más abajo permanezcan pasivos. Si se despiertan y se agregan a la pugna distributiva, dan más impulso a esa tendencia y contribuyen a precipitar la crisis. Insisto, sin embargo, en el papel relevante de los estratos intermedios conforme avanza la penetración de la técnica. El fortalecimiento de su poder político y sindical es lo que va incubando la crisis.

Explicase así el caso de países, pocos por cierto, donde en los mismos comienzos de la industrialización no era mucho el espesor de las capas técnicas atrasadas y precapitalistas, contrariamente a lo que sucedió en la mayor parte de América Latina. Más aún, en esos países el florecimiento de las exportaciones primarias había dado gran impulso inicial a la industrialización y a la absorción de estratos inferiores cuyas condiciones de vida eran precarias. El problema distributivo atañe allí principalmente a los estratos intermedios, empeñados en participar cada vez más en la sociedad de consumo, pues esas condiciones favorables a la absorción han reducido a proporciones relativamente pequeñas la sociedad de infraconsumo.

En el juego de las relaciones de poder, exacerbado por la inflación, se ha llegado a un círculo vicioso en que la pugna distributiva debilita la acumulación de capital y acentúa la insuficiencia dinámica. Lo cual, además de la frustración que esa pugna trae consigo, provoca una mayor absorción espuria en los estratos intermedios, con un nuevo debilitamiento de la acumulación. Todo ello en desmedro de un ritmo de desarrollo más rápido que aquél que las condiciones básicas de la economía hubieran permitido.

Conviene ahora recalcar que estos fenómenos de pugna distributiva que venimos considerando son expresión de fases avanzadas del desarrollo, cuando la industrialización y, en general, la penetración de la técnica han dado fuerte impulso a los estratos intermedios en la formación estructural.

No se presentan pues estos fenómenos, si bien se insinúan, en aquellos países de industrialización incipiente, en donde una proporción considerable de la fuerza de trabajo se encuentra en la agricultura. Su precaria condición social constituye sin duda un gran problema. Pero su poder gremial apenas se esboza o no existe, y el poder político es exiguo, lo mismo que en las masas marginales de las ciudades.

4. Surgimiento de nuevos factores en el proceso de democratización

Sin embargo, no cabría pensar en la continuación indefinida de un estado de cosas semejantes, ni en esos casos ni en aquellos otros en que el desarrollo ha dejado muy atrás a los estratos inferiores. Pues nuevos factores están asomándose al escenario social.

Ante todo, los medios técnicos de comunicación y difusión social. Gracias a ellos, el despertar de la conciencia de las masas postergadas es un hecho que, en mayor o menor grado, está ocurriendo en todas partes. No podría seguirse contando con su pasividad ni con su resignación como elementos de estabilidad social.

Más aún, la alianza de elementos dinámicos o el empleo de la fuerza para apoyar el desenvolvimiento de la sociedad de consumo no podrían ser factores perdurables en una estructura social que se transforma y en donde surgen nuevas actitudes vitales.

Si hay elementos dinámicos propensos a la absorción, también los hay que no se dejan absorber, sea por su conciencia moral y humanitaria, sea por sus concepciones ideológicas o sus aspiraciones políticas.

La coyuntura exterior es de gran significación. Hay quienes habían olvidado que el ciclo es la forma espontánea de desarrollo capitalista. Acaso habían pensado que las oleadas de bienandanza serían persistentes. Pero no es así. Esas oleadas llegan a la periferia y en una u otra forma estimulan su ritmo de desarrollo; pero, cuando cambian de sentido, en

la periferia se sufren más sus consecuencias que en los centros.

Es entonces cuando esos elementos dinámicos renuentes a la absorción, o aquellos otros que sencillamente no logran ser absorbidos por la sociedad de consumo debido al debilitamiento de su dinamismo, encuentran circunstancias propicias para surgir y afirmarse, a veces con vigor impresionante.

Y nadie podría tener la certeza de que la fuerza se seguirá empleando incondicionalmente al servicio de la sociedad de consumo. Aquí también se manifiestan las consecuencias de la transformación estructural. Pues el origen social de quienes tienen que emplearla profesionalmente se ha venido deslizando hacia abajo, lo cual, aunque dista de ser un factor decisivo, contribuye a formar una nueva conciencia social en las fuerzas armadas. Conciencia que puede manifestarse cuando aquéllas y otras coyunturas externas o internas ponen al descubierto las fallas del sistema. El sentido puede cambiar y el empleo de la autoridad orientarse hacia arriba antes que hacia abajo en la formación estructural.

Tema éste muy delicado, pero que no podría omitirse en un examen de la realidad, por más que tales cambios de actitudes sean más complejos que esta simple y fugaz referencia. Como lo es también el cambio de actitud de la Iglesia, en el cual además de aquellos desplazamientos estructurales, se perciben en toda su amplitud proyecciones insospechables del *aggiornamento*.

5. Un breve resumen aclaratorio

Al releer estas páginas, me asalta la preocupación de no ser bien interpretado, por lo que conviene resumir en pocas palabras la idea central que ellas contienen, a riesgo de caer en repeticiones.

No hay en el juego espontáneo de la economía un principio regulador de la distribución del ingreso, como lo habían supuesto los economistas neoclásicos. El aumento de productividad, captado en gran parte por los estratos de ingresos superiores, no se transmite al resto de la sociedad por el descenso de los precios ni por la elevación de las remuneraciones. Esta elevación se efectúa más bien en forma parcial y limitada, y beneficia principalmente a quienes tienen poder social para conseguirla. La difusión del fruto del progreso técnico tiende a ser muy lenta en el juego espontáneo de la economía. De ahí la importancia del poder político y gremial de la fuerza de trabajo, conforme avanza el proceso de democratización.

Acontece, sin embargo, que en el desenvolvimiento del capitalismo periférico —debido principalmente a la insuficiente acumulación de capital— se tiende hacia una disparidad creciente entre el avance del proceso de democratización y del proceso económico. Y esta disparidad lleva fatalmente al desquiciamiento del sistema, a medida que adquiere más amplitud la espiral inflacionaria.

En plena lógica, sólo se encuentran dos formas de corregir esa disparidad: transformar el proceso económico en

favor del avance democrático, o sacrificar este último para mantener el proceso económico, asegurando el progresivo desenvolvimiento de la sociedad de consumo.

El avance del proceso de democratización exige, en verdad, elevar intensamente el ritmo de acumulación de capital y modificar el régimen distributivo. Todo ello a fin de acelerar la absorción de la fuerza de trabajo con creciente productividad, y mejorar cada vez más la relación de ingresos de los de más abajo con los de más arriba en toda la estructura de la sociedad.

Pero esto resulta incompatible con la imitación irrestricta de las formas de consumo de los centros, gracias a la captación y retención de gran parte del fruto del progreso técnico por los estratos superiores.

El capitalismo periférico es más bien proclive a sacrificar en una u otra forma el proceso de democratización en aras de la defensa y promoción de la sociedad de consumo. Y acaso a la exaltación de ésta, si de tal manera se conciertan nuevas formas de articulación de intereses con los centros, que tienden a seguir excluyendo del desarrollo a la sociedad de infraconsumo. Sospecho, sin embargo, que no se trata de un fenómeno perdurable en el desarrollo periférico. Por supuesto, no me preocupa esto último, sino el sentido y la racionalidad de una transformación acaso ineluctable.

Capítulo VI

Las relaciones centro-periferia

1. Algunas reflexiones preliminares

Las relaciones entre los centros y la periferia se desenvuelven bajo la hegemonía de aquéllos. Hegemonía secular que, si bien experimenta grandes mutaciones históricas, responde siempre a una combinación de intereses económicos, políticos y estratégicos de fuerte gravitación en el desarrollo periférico.

En estas mutaciones que acontecen en el desenvolvimiento capitalista, se ha desplazado el centro hegemónico principal, y han surgido además otros centros hegemónicos, otros sistemas de desarrollo. Tienen estos últimos escasa ponderación económica en la periferia latinoamericana. Pero su influencia ideológica es considerable, y en esta forma se incorporan los países latinoamericanos a las contiendas de los centros; con lo cual manifiestan una vez más su propensión imitativa, su carencia de autenticidad.

La hegemonía capitalista, especialmente la del centro principal, se expresa en las relaciones de poder. Relaciones de poder en que la superioridad técnica y económica de los centros, apoyada en su poder político, tiene en la periferia una influencia generalmente incontrastable.

Bajo el influjo de este poder, los centros se articulan con la periferia, en una combinación de intereses con los estratos superiores de éstas. Y así, además de su poder, de suyo considerable, los centros comparten en medida variable el poder económico y político de tales estratos.

No son ciertamente estáticas estas relaciones centro-periferia. Están suje-

tas a las consecuencias de la evolución de los centros y a los cambios que ocurren en la estructura de la sociedad periférica.

Cualquiera sea la índole e intensidad de estos cambios, los centros procuran siempre defender aquellos intereses económicos, políticos y estratégicos, a veces en coincidencia, otras veces en oposición a los intereses periféricos.

La coincidencia suele girar de más en más en torno a la sociedad de consumo, expresión conspicua del capitalismo imitativo de la periferia. Las empresas transnacionales explotan allí sus innovaciones, además de llevar adelante la explotación inveterada de recursos naturales que conviene a sus intereses. Exaltan en verdad la sociedad de consumo, y quienes disfrutan de su prosperidad y, a veces, de su opulencia, terminan por persuadirse de que ya es irreversible en la periferia el desenvolvimiento capitalista a imagen y semejanza de los centros. Seducción muy seria por sus consecuencias.

No perturba que los centros estén pasando por una crisis profunda que compromete sus valores humanos. El capitalismo de los centros, acaso por su propio vigor, se ha salido de madre, ha desbordado su impetuoso cauce.

Ni se reflexiona tampoco sobre la incompatibilidad de la sociedad de consumo de la periferia con la integración social de las masas rezagadas y la equidad distributiva.

Por lo demás, los centros contribuyen al sentido excluyente del capitalismo periférico, que deja fuera del desarrollo

a grandes masas de su población. Porque en sus relaciones con la periferia no han sabido superar las contradicciones que frenan su desarrollo. Nada ponderable han hecho para que la industrialización periférica pueda participar vigorosamente en una nueva división internacional del trabajo que contribuya a superar su retardo histórico, ni para resolver graves problemas de las exportaciones primarias. Y la cooperación financiera, precaria y contingente, dista mucho de responder a los requerimientos del desarrollo latinoamericano.

Es otra la significación del poder de los centros. No están impulsados por la idea de eliminar esas contradicciones. Prevalece más bien el sentido de su superioridad técnica y económica, en donde radica su aptitud de participar desmesuradamente del excedente periférico, el que, por lo demás, contribuyen a gene-

rar con indiscutible eficacia. Todo ello con el apoyo político de sus gobiernos.

Asimismo, no cabría esperar del juego espontáneo de la economía la superación de tales contradicciones. Ya hemos visto que en lo interno ese juego responde a las relaciones de poder. Y también en el plano internacional. Apártanse de este juego los centros, cuando conviene a sus intereses, lo mismo que la periferia. Lo cual no obsta para que continúe en ésta y en aquéllos el empeño de propagar el dogma de sus virtudes reguladoras.

Si la sociedad de consumo de las periferias carece de una visión de largo aliento, no la muestran tampoco los centros en las relaciones con aquélla. Dos siglos de creencia en tales virtudes impiden reconocer que el desarrollo es previsión inteligente, es aptitud para actuar con claros designios sobre las fuerzas del desarrollo, con miras a la consecución de grandes objetivos.

2. *El retardo del desarrollo periférico y sus consecuencias*

La evolución de la técnica productiva y la distribución de sus frutos, han llevado a la concentración espontánea de la industria en los centros. La industrialización de la periferia no ha sido un fenómeno espontáneo. Ha llegado tarde y este retardo ha traído y sigue trayendo muy serias consecuencias.

Hasta hace algún tiempo se consideraba que la propia dinámica del capitalismo le llevaría a reproducirse espontáneamente en la periferia. El mismo Marx supuso que se extendería en el mundo siguiendo la experiencia primigenia de Gran Bretaña.

No ha acontecido así, sin embargo. Históricamente, el capitalismo sólo ha penetrado en forma espontánea en la pe-

riferia para abastecerse de los productos primarios que ha necesitado. Pero sin mostrar disposición manifiesta a promover allí el desarrollo integral, en el que la industrialización habría de tener un papel dominante.

El impulso de industrialización adquiere vigor en la periferia cuando la dinámica de los centros se interrumpe dramáticamente en crisis sucesivas de aquéllos (como las dos guerras mundiales y la gran depresión).

Los centros se incorporan más tarde a este proceso, sobre todo después de la segunda guerra mundial, atraídos en gran parte por el incentivo de la industrialización sustitutiva con fuerte apoyo de medidas proteccionistas. El desenvolvi-

miento industrial respondió al esfuerzo deliberado de sobreponerse a esas crisis, por mucha que haya sido la improvisación y la inexperiencia con que se haya desplegado.

El concepto de la industrialización espontánea no sólo se basaba en aquel supuesto de la fuerza de expansión capitalista, sino también en aquella otra tesis según la cual los bajos salarios de la periferia atraerían espontáneamente la iniciativa y el capital de los centros industriales. Esta tesis tampoco ha sido confirmada por los hechos. Los factores que llevan allí a la concentración prevalecen sobre el supuesto atractivo de los bajos salarios, con pocas excepciones. Ello no ha obstado para que estos bajos salarios fueran considerados factor relevante en aquel pretérito concepto de la división internacional del trabajo, que permitía a los centros abastecerse en la periferia de productos primarios a bajo costo.

Si bien se mira, estas explicaciones sólo abarcan una parte de la realidad. Que los centros no hayan tenido interés espontáneo en la industrialización de la periferia no explica por qué esta última no se ha industrializado por sí misma, siguiendo su propia y deliberada determinación. ¿Por qué se ha esperado largo tiempo para iniciar este proceso? Hay que buscar la respuesta en la formación estructural de la periferia y en su articulación de intereses con los centros. Los estratos superiores de aquélla, que derivaban sus ingresos de las exportaciones primarias, no tenían interés alguno en la industrialización. Se oponían a ella, pues haría subir los precios de lo que tan liberalmente se importaba de afuera. Y tenían afectar adversamente aquellas exportaciones.

Las teorías de libre cambio, de la división internacional del trabajo, habían arraigado profundamente en la periferia. Prueba, entre las muchas que podrían darse, de la concomitancia de ciertas ideas con los intereses prevalecientes en las relaciones de poder. Como que esas teorías procedían de los mismos centros, en donde los intereses inmediatos de los exportadores de manufacturas habrían de perjudicarse también con la industrialización periférica, si se violaban en forma tan flagrante las leyes del mercado.

Las crisis de los centros terminaron por imponer la industrialización de la periferia. Si bien durante las dos guerras mundiales no hubo necesidad de protección, por la misma escasez y encarecimiento de las manufacturas que se lograban importar, si la hubo cuando las crisis se superaron. La misma demora con que ha llegado el proceso de industrialización, la falta de capacidad técnica y de experiencia, y la estrechez de los mercados obligaron a recurrir a medidas protectoras, aunque sin justificar su frecuente exageración.

Tal fue la política de sustitución de importaciones. Muy criticada en sus comienzos, afuera y adentro. Pero lo que se criticaba en realidad era la misma industrialización. Tardó mucho en comprenderse su necesidad ineludible.

En cuanto a la sustitución en sí, no cabe duda de que hubiera sido mejor el subsidio que la protección, principalmente porque el subsidio habría dado más racionalidad a la industrialización, pues hubiera estimulado tanto la sustitución como las exportaciones industriales.

Pero no basta la racionalidad para que prevalezca una buena idea. Si bien la protección fue impugnada por los cen-

tros (y dentro de la misma periferia), adoptarla dependía exclusivamente de la determinación del propio país. El subsidio, en cambio, hubiera estado expuesto a que los centros adoptaran medidas compensatorias, para defenderse así de la competencia periférica. Lo cual ha sido y sigue siendo muy desalentador, para decir lo menos.

Por lo demás, nadie pensó que aquellas crisis sucesivas de los centros iban a brindar oportunidades promisorias a las exportaciones industriales de la periferia.

No es nuestro propósito hacer un examen histórico de la industrialización —lo que por lo demás sería muy interesante— sino presentarla con cierta perspectiva para comprender mejor aspectos significativos de este proceso en las relaciones centro-periferia.

Si hubo tiempos en los cuales no aparecían en los centros francas posibilidades de importaciones de productos industriales provenientes de la periferia, no lo fueron ciertamente los dos decenios que precedieron a la presente crisis mundial. Es importante referirse a estos hechos.

Es bien sabido que en el extraordinario crecimiento del intercambio industrial en el mundo, en el último cuarto de siglo, fue muy escasa la participación de la periferia. En lo que concierne a la América Latina, que mucho necesita de exportaciones industriales en la fase presente de su desarrollo, este papel tan menguado se explica por la influencia de una serie de factores adversos:

- la evolución industrial de los centros;
- la renuencia de las empresas transnacionales a desenvolver espontáneamente las exportaciones periféricas;

- la política proteccionista prevaleciente en los centros;
- la indiferencia de la periferia, los errores cometidos en ella y su falta, hasta tiempos recientes, de una política eficaz de promoción de las exportaciones industriales.

Aquel extraordinario incremento del intercambio industrial ha sido consecuencia, en gran parte, de la evolución de la técnica productiva de los centros, de sus innovaciones, de la incesante diversificación de sus productos. No le fue dado a la periferia incorporarse a este movimiento por su propio retardo.

Trátase de un fenómeno íntimamente vinculado al impresionante desenvolvimiento de las empresas transnacionales. Como antes se dijo, atraídas estas últimas por la protección y sus promisorias perspectivas, se empeñaron en aquellos dos decenios en participar cada vez más en la industrialización periférica, y lograron hacerlo. Es bien conocida, sin embargo, su renuencia a exportar. Sus plantas han aprovechado el mercado interno, pero no han buscado espontáneamente oportunidades de exportación. Ha sido necesaria una franca política de subsidios para vencer esa renuencia, pero sólo en parte. El interés de aquéllas está más bien en explotar sus continuas innovaciones en el mercado interno más que en competir con sí mismas en el mercado internacional.

Llevadas esas empresas por su deseo de introducir nuevas y complejas capas técnicas que aprovechen el crecimiento interno de la demanda, no se interesan, por lo general, en aquellas industrias en que la periferia tiene habilidad competitiva, o podría tenerla en corto tiempo. Esas industrias, de raigambre nacional, po-

drían desempeñar un papel ponderable en las exportaciones y ya lo están haciendo en muchos casos. Pero es allí precisamente donde los centros suelen acudir a la protección para evitar la competencia periférica.

Prevalecen en tales industrias técnicas menos complejas y más accesibles a esta última. Como tantas veces se ha dicho, si los centros siguieran aquellos principios de costo comparativo que tan tenazmente nos han predicado, abrirían las puertas a tales exportaciones y ampliarían en esta forma la capacidad de importar de la periferia, con claras ventajas para las industrias avanzadas de aquéllas. Por donde la sociedad de consumo se volvería más racional para los que de ella se beneficiarían en la periferia, aunque no necesariamente para la colectividad en su conjunto.

No me atrevería a decir si, una vez superada la crisis presente de los centros, la política preferencial que se inicia constituirá el comienzo de un cambio fundamental en este asunto de tanta trascendencia.

Pero no toda la responsabilidad radica en los centros. Los países latinoamericanos también la tienen en alto grado.

Los resultados estimuladores de la política exportadora de algunos países demuestran todo lo que se ha perdido al no haberla emprendido de tiempo atrás. Sobrevaluación crónica de la moneda y trabas innecesarias han perjudicado seriamente las exportaciones y sobre todo ha faltado y sigue faltando decisión para aplicar con vigor y clarividencia medidas estimuladoras del intercambio recíproco dentro de la periferia latinoamericana, medidas que, al reducir los costos, hubieran dado aliento, por añadidura, a

las exportaciones industriales hacia los centros y al resto del mundo.

Bien se sabe que las exportaciones primarias también tienen que vencer en los centros obstáculos a veces considerables. Pero aun cuando ellos se aliviaran, no se resolvería el problema de fondo, que es ampliar la capacidad de pagos de la periferia para responder a las exigencias de su desarrollo. De ahí la importancia primordial de las exportaciones industriales.

Aquí radica una de las contradicciones más serias de las relaciones de los centros con la periferia. De tiempo atrás se ha llamado la atención en la CEPAL acerca de la tendencia al estrangulamiento externo del desarrollo periférico, que parecería extinguirse en las fases de bonanza externa para resurgir, tal vez con más fuerza, en las fases desfavorables. Ya sabemos que, a pesar de la política sustitutiva de importaciones, éstas tienden a crecer con más celeridad que las exportaciones en el curso del desarrollo, si bien con diferente composición.

Esta disparidad es de carácter estructural. Se explica fundamentalmente por el retardo de la industrialización. Es cierto que hay un fenómeno subyacente: marcadas diferencias entre la elasticidad-ingreso de los bienes industriales que se diversifican incesantemente y la de los productos primarios en general, y sobre todo de productos agrícolas, en los cuales —ya se tiene dicho— el margen de diversificación es muy estrecho.

Sin embargo, si el desenvolvimiento industrial de la periferia hubiera sido paralelo al de los centros, le hubiera sido posible suplir con su propia diversificación y el intercambio industrial con aquéllos, la exigencia de bienes industriales

que la elevada elasticidad-ingreso de su demanda habría traído consigo.

Hay ahí un fenómeno de desfaseamiento que dista mucho de ser parte de un orden natural. Podrá corregirse, sobre todo si al esfuerzo periférico se añade la cooperación de los centros. Téngase en cuenta que la protección que éstos erigen para defenderse —digámoslo así— de las exportaciones periféricas agrava aquella disparidad, en tanto que la pro-

tección periférica tiende a corregirla. Más protegen los centros, y más tiene la periferia que proteger la industrialización sustitutiva, no obstante su mayor costo.

Si insisto sobre esta vieja tesis de la CEPAL es porque de vez en cuando, aquí y allá, surgen algunas reacciones inspiradas en un trasnochado concepto de las virtudes del juego espontáneo de la economía.

3. *La relación de precios del intercambio*

El retardo estructural de la periferia tiene también gran influencia en la relación de precios del intercambio. Tema éste muy discutido y que merece esclarecerse una vez más.

En el capítulo II se ha tratado de mostrar cómo la insuficiencia dinámica de la economía tiende hacia un deterioro persistente de los ingresos de los estratos inferiores en relación con los de más arriba, especialmente aquellos grupos cuyo poder les permite participar en mayor proporción de los frutos del avance técnico.

Se dijo también que, cuando a los ingresos relativamente bajos de la fuerza de trabajo se añadía una disponibilidad abundante de recursos naturales, la tendencia al empeoramiento de la relación de ingresos se reflejaba en el deterioro de la relación de precios al productor. Tal es el caso, especialmente, de los productos tropicales.

Este fenómeno no se circunscribe, por cierto, al ámbito del desarrollo interno, sino que influye también en las relaciones con los centros.

Ahora bien, el incremento de productividad por unidad de tierra tiene conse-

cuencias similares a las que dimanarían de una gran disponibilidad de tierra.

Esta es también una vieja tesis de la CEPAL. Se ha pretendido interpretarla como una afirmación de que en los productos primarios hay una tendencia inmanente e irreversible al deterioro. Comprendase bien, el deterioro ocurre cuando el incremento de producción, debido a esa combinación de elementos que acaba de exponerse, tiende a superar el crecimiento de la demanda, tanto internamente como en el plano internacional. Por supuesto, siempre que no se interfiera en el juego espontáneo de la economía mediante combinaciones que restrinjan la producción o las exportaciones.

Las fluctuaciones cíclicas de la demanda internacional suelen llevar a ciertas confusiones. Basta que aumenten coyunturalmente la demanda y los precios relativos, para que se suponga que el fenómeno del deterioro ha desaparecido.

Alguna vez desaparecerá, cuando se consiga superar la insuficiencia dinámica de la economía periférica y lograr el mejoramiento persistente en la relación de ingresos de los estratos inferiores con

respecto a los de más arriba. La industrialización y su capacidad absorbente de fuerza de trabajo tienen en esto un papel primordial. Fue otro de los puntos de la tesis cepalina. Tendría efectos similares la escasez progresiva de un recurso natural, toda vez que el avance técnico no contrarreste sus consecuencias.

De lo que acaba de explicarse se desprende otra conclusión importante. Se dijo hace un momento que la suficiencia dinámica en el desarrollo periférico tendría que mejorar la relación de ingresos. No basta que ella sea estable. El demostrar que tal relación no se ha deteriorado no significa que no haya problema. El desarrollo no significa perpetuar las fallas, sino corregirlas. Lo mismo podría decirse de las relaciones de precios del intercambio. Las hay que han sido siempre desfavorables desde que la periferia se incorporó a la economía internacio-

nal. La industrialización contribuirá a volver favorables esas relaciones, pero con el andar del tiempo, posiblemente un tiempo muy dilatado si no sobrevienen factores de escasez. Mientras tanto, sólo una esclarecida política de los centros podría acortar el camino hacia aquel objetivo que tanto atañe a la periferia.

Pero no interesa esta política a los centros. Lejos de ello. En mis ajeteos en la UNCTAD hace algunos años, se me fue arraigando la sospecha de que la oposición a los acuerdos estabilizadores de productos primarios no radicaba solamente en la renuencia a interferir en las leyes del mercado. Acaso se temía, no sin algún fundamento, que el éxito de tales acuerdos abriría el camino a un esfuerzo ulterior para mejorar persistentemente su relación con los bienes manufacturados.

4. *La expansión capitalista de los centros en la periferia*

Si bien se reflexiona, sigue perdurando aquel concepto del desarrollo periférico por el influjo de la expansión espontánea del capitalismo de los centros.

La clave de tal concepto se encuentra en la inversión privada extranjera, especialmente la de las empresas transnacionales. Estoy persuadido de la importancia de estas últimas en la dinámica del desarrollo. Pero me preocupa su ambivalencia, sus aspectos negativos y perturbadores junto a su considerable potencial de desarrollo.

Cometen un grave error quienes piensan que esta forma de participación de los centros en el desarrollo periférico va a contribuir primordialmente a fortale-

cer allí el capitalismo y asegurarle un desenvolvimiento regular y vigoroso.

No se tiene presente, en efecto, que, además de los aspectos negativos de las empresas transnacionales, las relaciones entre los centros y la periferia latinoamericana continúan trabadas por las grandes contradicciones e incongruencias que limitan seriamente la amplitud social del desarrollo capitalista. No se define en los centros una política de largo aliento para contrarrestarlas.

Distaba mucho de haber tenido esa visión el centro dinámico principal, ni en lo más intenso de la contienda ideológica de las potencias hegemónicas. Ha cundido esa contienda en el campo ancho

y propicio de la América Latina: otra manifestación del fenómeno imitativo. En esa lucha ideológica, los centros, y especialmente el centro dinámico, han proclamado las virtudes de su propio sistema. Les seduce el desenvolvimiento, a veces impresionante, de la sociedad de consumo, porque allí ven proyectada su propia imagen y encuentran fuente caudalosa de provecho. Pero nada serio y perdurable han hecho aún para ayudar a la periferia a corregir esas contradicciones. Y si se hiciera redundaría primordialmente en favor de la sociedad de consumo, si los países latinoamericanos no decidieran emprender su propia transformación¹¹.

La inversión privada extranjera y las facilidades financieras que suelen acompañarla, alivian, sin duda alguna, tales contradicciones. Pero sólo en forma temporal. Pues con el andar del tiempo, no de mucho tiempo, las ganancias y servicios que hay que pagar al exterior, así como otras transferencias, tienden a sobrepasar el caudal de nuevas aportaciones de recursos, agravando el estrangulamiento exterior en desmedro del ritmo de desarrollo.

Si aquellas ganancias y servicios se invirtieran en gran parte en la periferia, se atenuarían esas consecuencias. Pero no es dable suponer que ello se prolongaría indefinidamente. Más aún, en la medida en que ello aconteciera, el crecimiento desproporcionado de las inver-

siones extranjeras crearía otro problema, otra contradicción muy perturbadora a la cual hemos de referirnos más adelante.

Pero esto no es todo. Hay otro aspecto que debiera preocupar mucho más de lo que sucede generalmente. Sin duda que el capital privado extranjero, en condiciones adecuadas, podría ser un factor importante de acumulación y transferencia de tecnología. Como también hay que reconocer el potencial de los préstamos del exterior en cuanto a la acumulación. Pero la sociedad de consumo tiene sus peculiaridades en la periferia. Esas aportaciones financieras suelen dispensar, sobre todo, a los estratos superiores, de la exigencia ineludible de acelerar el ritmo de acumulación empleando mejor su propio potencial.

Es un hecho notorio que el país que abre de par en par las puertas al capital privado extranjero y sigue una política de franco estímulo a la sociedad de consumo encuentra amplias posibilidades de lograr variadas formas de cooperación internacional. Se mueve todo un mecanismo eficaz para favorecerle; y uno de los elementos que lo animan es el prestigio que adquiere en el exterior el empuje de la sociedad de consumo, favorecido todo ello por una publicidad prolifera que sirve de franco estímulo a otras inversiones.

Ya no se trata solamente de realizar inversiones que introduzcan nuevas formas de producción y consumo, sino también muchas veces de adquirir fácilmente empresas financieras o de otra índole que desempeñan un papel significativo en la economía del país. Es cierto que ello trae consigo una mayor productividad gracias a la incorporación de nue-

¹¹La Declaración y Programa de Acción sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional contenidos en las resoluciones 3201 (S-VI) y 3202 (S-VI) de la Asamblea General de las Naciones Unidas podrían marcar el inicio de un nuevo rumbo, si se tradujesen en medidas concretas y si los países periféricos reconociesen a la vez la necesidad de un nuevo orden interno.

vas capas técnicas y también a la renovación prematura de un capital físico que podría aún prolongar su vida útil.

Desde el punto de vista de la ganancia y el poder creciente que así consiguen las empresas transnacionales, esto es perfectamente racional. Pero no es éste el criterio de racionalidad colectiva con que la periferia debiera encarar el asunto.

Hay algo más. Las empresas transnacionales han sido casi siempre renuentes a dar participación al capital nacional en sus negocios. Ha de reconocerse, sin embargo, que, de haberlo intentado, los resultados hubieran sido más bien restringidos; no sólo por la renuencia de los estratos superiores a emplear a fondo su potencial de acumulación, sino también por la falta de un sistema eficaz de financiamiento extranjero de las empresas nacionales, en contraste con las facilidades que en sus respectivos países tienen las transnacionales para sus inversiones periféricas.

Sería incorrecto, sin embargo, suponer que en los centros no hay quienes encaren con una perspectiva muy diferente el desarrollo periférico. Los hay sin duda alguna. A ellos preocupa la creciente desigualdad social, y se preguntan, por ejemplo, si la estabilización relativa de los precios de los productos primarios, y más aún, su mejoramiento, no va a acentuar esa desigualdad, en vez de atenuarla. Y con la misma preocupación de fondo, suelen impugnar la política de cooperación financiera, por precaria que haya sido. Cuando semejantes actitudes no son un simple pretexto para dejar de hacer lo que debiera hacerse, hay que tomarlas en todo su peso. Y lo

tienen, sin duda alguna. Sería grave error desdeñarlas.

Se dijo más arriba que, con frecuencia, la aportación de recursos financieros del exterior tendía a eximir a los estratos superiores de la periferia de emplear mejor que ahora su potencial de acumulación. Para lograr esto último, se ha sugerido más de una vez que las instituciones de crédito internacional se comprometan a prestar recursos financieros durante la vigencia de un plan, siempre que se obtenga un compromiso paralelo de elevar el ritmo de acumulación interna en los países periféricos que tratan de conseguir tales aportaciones. Pero se ha tropezado con grandes obstáculos. Por un lado, aquellas instituciones no se inclinan a comprometer su financiamiento por varios años, como se requiere en un buen plan de desarrollo. Por otro, hay quienes consideran en la periferia que un compromiso semejante vulnera la soberanía del país, aun cuando no siempre les preocupan ciertos avances del capital extranjero que realmente la comprometen.

Como ya se dijo, la superioridad técnica y económica de las empresas transnacionales y el apoyo político real o potencial de los centros a los que pertenecen, les permite participar en forma desmesurada en el excedente que con indudable eficacia contribuyen a generar en la periferia. El problema es de larga data, aun cuando han surgido nuevas e importantes manifestaciones. Hay cierto cambio de actitudes en lo que concierne a la explotación de recursos naturales, tras una lucha larga y accidentada de la periferia. Esto se comprueba al cotejar la exigua proporción del valor del producto natural que antes quedaba allí, con la proporción creciente que la periferia ha

logrado obtener en general. Pero no todo es un problema de distribución del excedente. Introdujimos hace años en la CEPAL la expresión "enclave", por la significación que tenían las empresas transnacionales en la explotación de los recursos naturales. Pues se trata de un cuerpo demasiado grande incrustado en la periferia y aislado del resto de la economía con consecuencias económicas y políticas de indudable importancia.

Pues bien, a la explotación de recursos naturales y del complejo de actividades que la acompaña, se añade ahora la explotación de las innovaciones. Las innovaciones y, desde luego, las empresas transnacionales que las introducen, tienen un doble papel en el desarrollo. Por un lado, contribuyen efectivamente al progreso técnico, que es de tanta importancia, sobre todo en aquellas actividades básicas que tendrán que desenvolverse en todo caso, aun cuando el desarrollo adquiera un pronunciado sentido social. Y, por otro lado, desenvuelven actividades que conciernen sobre todo a la sociedad de consumo, en donde logran generalmente copiosa ganancia, mediante la incesante introducción de sus técnicas diversificadas. Pero lo que es bueno para la sociedad de consumo no es necesariamente bueno para el desarrollo.

En uno u otro caso, las empresas transnacionales son las que introducen las capas técnicas más avanzadas, las que engendran un mayor excedente y las que ejercen considerable atracción en los elementos dinámicos de la sociedad periférica. Además, las innovaciones que introducen suelen ser exclusivas mientras duran las patentes, licen-

cias o marcas, con lo cual disfrutaban del privilegio de limitación de la competencia.

Quienes confunden desarrollo con sociedad de consumo olvidan este doble papel de la penetración de la técnica. Y no objetan el costo desproporcionado de las técnicas diversificadoras, ni de la transferencia de marcas y licencias que, más que por su significación intrínseca, suelen explicarse por la imitación trivial y el prestigio de ciertas formas de consumo ostentoso.

A todo esto cabe agregar la reconocida habilidad de las empresas transnacionales en el empleo de los medios técnicos de difusión social. Habilidad que van aprendiendo también las empresas nacionales. Y unas y otras adquieren de esta manera aquella aptitud relevante de manipulación que, para los seguidores neoclásicos, parecería ser compatible con la así llamada soberanía del consumidor.

Todo esto atañe más a la responsabilidad periférica, que abre incondicionalmente sus puertas a las empresas transnacionales, que a ellas mismas. Como también la protección excesiva de que gozan conjuntamente con las empresas nacionales, no obstante necesitarla menos o no necesitarla en absoluto.

Hay, además, otras fuentes muy importantes de ganancia que se añaden a las que tienen de suyo aquellas empresas por su eficacia técnica. Me refiero tanto a la manipulación de precios entre matrices y sucursales, como a diferentes formas de restringir o eliminar la competencia.

Reflexiónese ahora sobre el dilema que esto plantea a la periferia y que también se ha mencionado anteriormente. Si esa desmesurada participación en el

excedente se traduce en cuantiosas remesas financieras al exterior, se acentúa con el andar del tiempo la tendencia al estrangulamiento externo. Y si aquellas remesas se reinvierten, aumenta el poder de las empresas transnacionales en desmedro del sentido de identidad nacional y de la autonomía de decisiones.

En éste, como en el examen de otros aspectos del desarrollo, hay que escapar

a ciertas generalizaciones. El aprovechamiento más o menos intenso del fruto de la penetración de la técnica, así como la limitación del ámbito de las decisiones propias de la periferia, ocurren en grados muy diferentes según los países, sus condiciones básicas de desarrollo, su aptitud negociadora y las circunstancias cambiantes que influyen en las relaciones centro-periferia.

5. *La constelación de intereses en los centros*

Estos hechos que acabamos de mencionar acontecen dentro de una peculiar constelación de intereses, en la cual han adquirido gran importancia las entidades de crédito internacional.

Aunque empleara eficazmente su potencialidad de acumulación —lo cual no está ocurriendo—, la periferia seguiría necesitando temporalmente el apoyo de esas instituciones y del capital de afuera en general para intensificar su propio proceso acumulativo.

Conviene subrayar que hay en tales entidades quienes poseen un cabal concepto del desarrollo, y se esfuerzan por estimularlo genuinamente. Sin embargo, su actividad dirigente se cumple inevitablemente dentro de esa constelación. Los recursos prestables de aquéllas dependen de los centros, de sus gobiernos y de sus mercados financieros. Y en todo ello la gravitación de las grandes empresas es considerable. En realidad, constituyen un grupo relativamente pequeño de entidades de gran influencia, ligadas en una u otra forma por vínculos de interdependencia y solidaridad.

Bien se sabe que el poder de esa constelación de intereses es considerable. Sucede, sin embargo, que en los centros también han venido desenvolviéndose

elementos poderosos de contrapeso interno que limitan y a veces contrarrestan la influencia de aquellos intereses. Esos elementos de contrapeso no existen en las relaciones con la periferia. Algunas manifestaciones disidentes de intelectuales y críticas esporádicas en el campo político y en órganos de publicidad, distan mucho de formar un contrapeso ponderable, por más que sean reconfortantes para los inconformistas de la periferia.

Para decirlo brevemente, cuando un país periférico acoge abiertamente a las empresas transnacionales, y cuando al mismo tiempo —hay que reconocerlo— despliega imaginación y eficacia en fomentar la sociedad de consumo, aquella constelación de poder brinda su resuelto apoyo y también su desbordante admiración a la bienandanza de aquélla.

Mucho más aún cuando en los centros gravitan asimismo objetivos políticos o estratégicos. Menciono ambos conceptos, no obstante que los objetivos políticos suelen ser momentáneos o circunstanciales, en tanto que la estrategia de los centros suele proyectarse largamente hacia el futuro, pero no en materia económica. En verdad, bajo la égida del juego espontáneo de la economía

parecería que la concepción de una estrategia fuese fundamentalmente una característica militar y sólo entrara en el campo visual de los estados mayores. No hay una estrategia de desarrollo en las relaciones centro-periferia.

Compréndese ahora que cuando el capital privado extranjero se inserta en la formación estructural de la periferia lleva en sí un poder externo considerable que sobrepasa y apoya al poder interno que adquiere por su inserción. Comparte así con los estratos superiores el poder económico y político que éstos tienen por concentrar en sus manos la mayor parte de los medios de producción.

Y al compartir el poder influye en ciertas corrientes internas de opinión, reforzando así su gravitación sobre el Estado mismo, que se añade a la influencia que suelen adquirir sobre éste las empresas transnacionales por su notable aptitud de atraer individuos dinámicos de la sociedad periférica. En todo lo cual conjugan o difieren sus actitudes con las de las empresas nacionales, según las circunstancias y las combinaciones de intereses.

Las diferencias pueden ser sustanciales. Al extenderse el ámbito de las

empresas transnacionales en un país periférico y abarcar puntos estratégicos de su economía, el país queda expuesto a que la influencia de aquéllas se traduzca en decisiones importantes tomadas afuera, sea por los Estados, sea por las matrices, en frecuente contraposición con el interés nacional.

Son éstos hechos bien conocidos. Además de otros que llegan a conocerse, de ciertas empresas transnacionales que, desbordando la esfera estricta de sus negocios, caen en muy torpes manobras de política interna. Por aislados que puedan ser estos hechos, proyectan su imagen corrosiva sobre las otras empresas, contribuyendo así a menoscabar todo lo positivo que entrañan en la ambivalencia de su significación. Por donde se vuelve también más difícil la búsqueda de nuevas fórmulas de convivencia o coparticipación, de aquéllas con el Estado o la actividad privada de la periferia.

Pero esto concierne al futuro. Mucho más difícil resulta resolver casos que vienen arrastrándose de tiempo atrás, en que la hegemonía de los centros y ciertas manifestaciones de debilidad de países periféricos han llevado a situaciones de gran vulnerabilidad política.

6. *La crisis en las relaciones centro-periferia*

En el capítulo anterior hemos tratado de explicar el juego interno de las relaciones de poder emergentes de la formación estructural de la sociedad y de sus continuas transformaciones en el curso del desarrollo. Y nos hemos circunscrito a examinar escuetamente esas relaciones desde el punto de vista distributivo. Pero hay algo más que eso y de mucha significación, tanto interna como en

lo que atañe a las relaciones centro-periferia.

Al compartir el capital extranjero el poder económico y político con los estratos superiores, participa plenamente en la pugna distributiva. Pugna que se enardece conforme se desenvuelve y fortalece el proceso de democratización, como tanto hemos insistido.

Este fenómeno político tiende a sobrepasar la órbita puramente distributiva. En el seno de la sociedad va surgiendo una plena conciencia de identidad nacional, de autonomía de decisiones, así como la aspiración muy comprensible de hacer por sí mismos lo que venía haciéndose por los de afuera. Combinanse estos sentimientos con la pugna distributiva y se refuerzan mutuamente. Sin duda que la lucha de ideologías suele avivar ese fenómeno, pero sin provocarlo, pues sus raíces se encuentran en las mutaciones estructurales de la sociedad.

Como quiera que fuere, esa nueva conciencia que se va desarrollando —sobre todo en aquella parte de los estratos intermedios que no se incorpora directamente a la esfera de influencia del capital extranjero—, esas nuevas actitudes, constituyen una fuerza latente que no tarda en manifestarse en circunstancias propicias a su eclosión. Una de esas circunstancias es la crisis distributiva de que hablamos en un capítulo precedente. Y sucede a veces que en el ímpetu de la pugna distributiva se llegue a comprometer la solidaridad de intereses de los estratos superiores con las empresas transnacionales.

Si bien este fenómeno tiene su propia dinámica, la tendencia al desenlace crítico se agudiza con el movimiento adverso de la coyuntura exterior. La periferia siempre está expuesta a las vicisitudes de los centros. Sus oleadas de prosperidad aflojan las tensiones de su desarrollo periférico, y el movimiento contrario las intensifica, especialmente cuando se acentúan los trastornos que el estrangulamiento exterior trae consigo.

Sin embargo, independientemente de la coyuntura exterior, el avance irrestric-

to del proceso de democratización puede llevar en circunstancias propicias al fortalecimiento de actitudes adversas al capital extranjero en general, y a las empresas transnacionales en particular.

En tal caso, las grandes diferencias en las relaciones de poder centro-periferia adquieren notable relevancia. Y es entonces cuando entra en movimiento toda aquella constelación de intereses de los centros en torno a las empresas transnacionales. Ese movimiento solidario lleva a medidas punitivas de diversa naturaleza: restricciones de crédito externo, obstáculos comerciales y otras que por ser muy conocidas y ampliamente practicadas, no se necesita recordar aquí. Pero sí hay que recordar el empleo de la fuerza a manera de punición ejemplar, cuando ciertas reacciones temperamentales, aun en los países grandes, desbordan imprudentemente el sentido de continencia y la visión serena de un futuro diferente.

Más de una vez un país periférico se ha visto llevado a encogerse ante esas medidas punitivas, y a ceder más de lo que hubiera tenido que hacer en una negociación siempre difícil por la desigualdad de poder. Y al suceder así suelen adoptarse actitudes a veces contradictorias con aquellos sentimientos y aspiraciones que contribuyen a provocar la crisis de relaciones.

Sin embargo, conviene encarar todo esto con más amplia perspectiva. Ciertas actitudes extremas que acarrear perjudiciales consecuencias inmediatas para un país periférico, van preparando el terreno, de suyo muy difícil, para realizar aquellas aspiraciones. Tengo razones para pensar que, sin el impacto de la expropiación mexicana del petróleo

(1937), las empresas transnacionales no habrían concertado con Venezuela aquella fórmula de 50 y 50% que abrió el paso a una creciente participación de los países productores en los ingresos provenientes del petróleo.

Indudablemente, el mundo de hoy no es el de ayer. No se podría comprender el desarrollo, sin el curso cambiante de ideas e ideologías, de sentimientos y

aspiraciones que el desarrollo trae consigo y que actúan a su vez sobre el mismo desarrollo. Ni siquiera escapan a ello los países en que el proceso de democratización está contenido por la absorción en el sistema y la inserción en la sociedad de consumo de elementos dinámicos del movimiento gremial o político, o por el empleo de la fuerza a que nos hemos referido en otro capítulo.

7. *Hegemonía y dependencia*

Si a estos fenómenos de hegemonía, en las nuevas formas que trae consigo la evolución capitalista, se prefiere darle el nombre de dependencia, no tengo objeción alguna que hacer. Trátase de una característica inherente a la periferia, concepto éste que se introdujo en los primeros escritos de la CEPAL y que después se enriqueció con valiosas aportaciones de diversos economistas y sociólogos acerca de la significación de la dependencia. Se desprendía de ellos un claro concepto de lo que significaba la superioridad técnica y económica de los centros, y de su poder de extraer ingresos de la periferia, superiores a la contribución de sus empresas al proceso productivo. Como también de lo que significaba el pretérito concepto de la división internacional del trabajo, en cuyo nombre repudiábase la industrialización periférica. Más aún, en la CEPAL, primero, así como en la UNCTAD después, se ha llamado la atención acerca de las graves consecuencias políticas de ciertas formas de dependencia comercial. No me refiero solamente a las que existen entre centro y periferia, sino también a ciertas tentativas manifiestas o latentes a divi-

dir verticalmente el intercambio en zonas de influencia. Desgraciadamente, la Comunidad Económica Europea no ha sabido sustraerse a este concepto anacrónico.

Así, bajo el signo de esa hegemonía, los países periféricos se han visto llevados a hacer o dejar de hacer lo que por libre decisión no hubieran deseado en el campo de la economía y la política internacional. Tales son las desigualdades de poder en las relaciones con los centros. La ley del talión no rige plenamente en esas relaciones. El poder de retaliación de esta última es realmente de muy cortos y transitorios alcances. Eso es periferia y eso es dependencia.

Considérese, sin embargo, que el concepto de dependencia exige entrar a fondo en el problema, analizar los factores subyacentes y el juego de las relaciones de poder. Más aún, este término suele también englobar otros fenómenos característicos del capitalismo imitativo. Son fenómenos de irradiación de los centros, que no subordinan a la periferia económica o políticamente, ni la obligan a hacer o dejar de hacer en el juego de las relaciones de poder. Con-

viene esclarecerlo, para no caer en disputas bizantinas.

Se discurre así acerca de la dependencia tecnológica para significar que la periferia se ve obligada a incorporar la técnica de los centros porque no tiene una propia. Examinemos este concepto. Ante todo, las empresas transnacionales se empeñan en introducir capas técnicas avanzadas, no siempre compatibles con las condiciones de un país. Como ya se dijo, se trata, por un lado, de avances técnicos, que conviene incorporar, cualquiera sea el sistema económico y social; y, por otro lado, de técnicas que responden a las exigencias crecientes de la sociedad de consumo.

En este último caso, que es de importancia considerable, el factor primordial está en la existencia misma de la sociedad de consumo. Y ello no se debe tanto a las empresas transnacionales, sino a la distribución desigual del ingreso resultante del juego de las relaciones de poder.

Estos y otros actos de racionalidad individual y de irracionalidad colectiva, tanto de empresarios como de consumidores, los hemos expresado en otro lugar. Si los recordamos aquí es para subrayar la inconveniencia de abarcar en una sola expresión fenómenos de muy diferente significado. Y entre ellos, los que atañen de cerca a la propia responsabilidad periférica, a la responsabilidad de un capitalismo imitativo.

Háblase también, con cierta frecuencia, de la necesidad de una tecnología propia. Por supuesto que nadie podría pensar sensatamente en prescindir de la ventaja inconmensurable de una tecnología que los centros han desenvuelto tras siglos de tenaz esfuerzo. El

problema es otro: aprovechar el ingente caudal científico y tecnológico de los centros para adaptar la técnica a las condiciones objetivas de la periferia, para ampliar la esfera estrecha de las opciones tecnológicas, para impulsar nuestro propio sentido innovador. En otros términos, para lograr autenticidad, esto es, pasar de la simple imitación a un esfuerzo progresivo de creación. Algo de esto se está haciendo en algunos países de nuestra periferia, pero se está haciendo en compartimientos estancos que, renuentes a una visión de alcance latinoamericano, desperdician un muy ponderable potencial creador.

En cuanto a la imitación cultural, mucho podría decirse. Pero hay un ejemplo muy significativo de cómo ha podido pasarse de la simple imitación a la autenticidad. Me refiero a la actividad literaria. Hemos recibido la enorme herencia cultural del occidente. Pero la imitación ha terminado por ceder al poder creador.

Sin embargo, a esta obra creadora llega a veces el eco de la contienda ideológica de los centros hegemónicos. Suele ser difícil sustraerse a sus influencias, por más que se corra el riesgo de proselitismo, en desmedro de una genuina aportación cultural.

Pero es en las ideas e ideologías del desarrollo en donde esa contienda se manifiesta con frecuente apasionamiento. Es muy fuerte la dependencia intelectual. Suelen adoptarse incondicionalmente las formas de pensar de los centros, nutridas en una realidad diferente de la nuestra. El vigor intelectual, el brillo del razonamiento y su fuerza de convicción dispensan del pensar propio, tarea que requiere largo tiempo y

tenaz consagración, además de serena objetividad.

La imitación de ideas e ideologías suele penetrar en la periferia cuando en los centros de donde ellas provienen, cualquiera que sea el sistema, están siendo materia de crítica profunda, aunque no siempre aparezca claramente en la superficie.

Siendo tan fuerte la imitación intelectual en el capitalismo de estas tierras, tampoco parecerían escapar a la seducción imitativa de los centros las corrientes anticapitalistas de la periferia. Se impone aquí también un esfuerzo de creación propia que, inspirado en lo mucho que hay que asimilar de afuera, contribuya a disolver relaciones de perdurable dependencia.